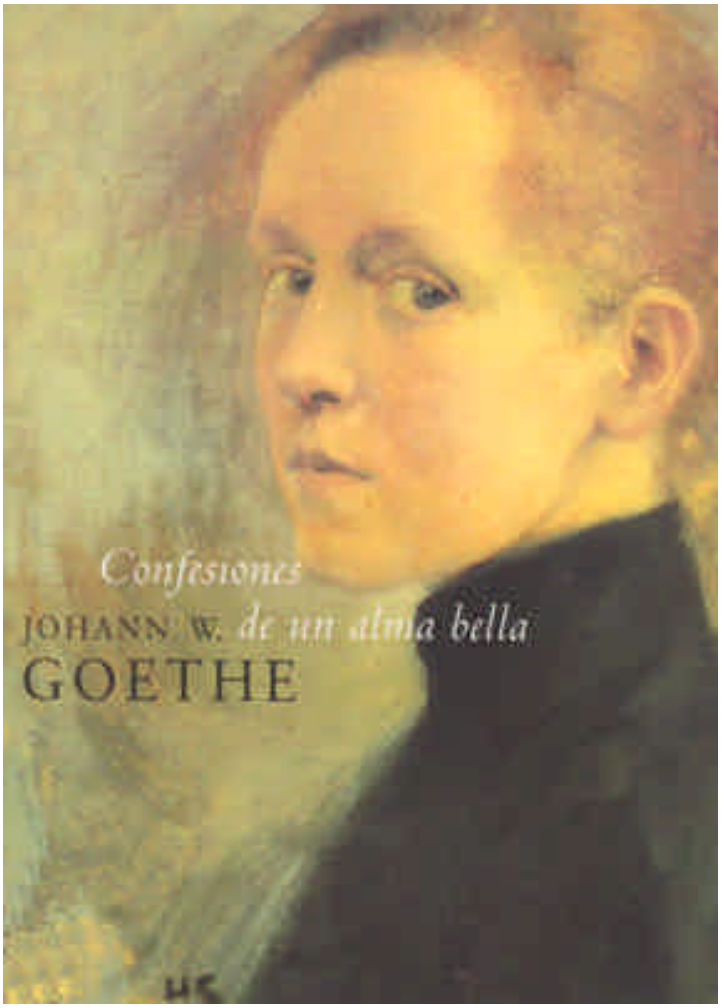
LIBRO dot.com

Confesiones de un alma bella

Johann W. Goethe



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Hasta que cumplí los ocho años fui una niña enteramente sana, pero de aquella época consigo acordarme tan poco como del día de mi nacimiento. Nada más comenzar mi octavo año tuve un vómito de sangre y al instante fue mi alma todo sensibilidad y memoria. Las más pequeñas circunstancias de este azar están aún ante mis ojos, como si hubieran sucedido ayer.

A lo largo de los nueve meses que la enfermedad me hizo guardar cama, que soporté con paciencia, nació también, así me lo parece, el fundamento de toda mi forma de pensar, pues se le brindaron entonces a mi espíritu los primeros medios para desarrollarse de acuerdo con su específica forma de ser.

Sufría y amaba, y ésa era la auténtica figura de mi corazón. En medio de las más violentas toses y de una fatigante fiebre estaba tranquila como un caracol que se retira a su concha. Tan pronto como tenía un poco de aire, deseaba sentir algo agradable, y como todos los restantes deleites me estaban vedados, buscaba resarcirme con ojos *y* oídos. Me traían juegos de muñecas *y* libros ilustrados, y quien deseara tener un sitio junto a mi lecho tenía que narrarme alguna historia.

De mi madre escuchaba con gusto historias bíblicas; mi padre me distraía con objetos de la naturaleza. Poseía un buen gabinete; en ocasiones me bajaba de allí algún cajón, me mostraba las cosas que contenía y me las explicaba verazmente. Plantas secas e insectos y toda suerte de preparados anatómicos, piel humana, huesos, momias y cosas semejantes llegaban al lecho enfermo de la pequeña; pájaros y animales, que él mismo cazaba, me eran enseñados antes de que pasaran a la cocina; y para que el príncipe del universo también tuviera voz en esta reunión, mi tía me contaba historias de amor y cuentos de hadas. Todo era aceptado y todo arraigaba. Tenía momentos en los que me entretenía vivamente con los seres invisibles; y aún recuerdo algunos versos que por aquel entonces dicté a mi madre.

A menudo volvía a contar a mi padre lo que de él había aprendido. No tomaba fácilmente una medicina sin preguntar dónde crecen las cosas de las que está hecha, qué aspecto tienen, cómo se llaman. Pero las narraciones de mi tía tampoco caían en terreno baldío. Me imaginaba a mí misma con los más bellos vestidos y me encontraba con los príncipes más encantadores, que ni descansaban ni tenían paz hasta que sabían quién era la bella desconocida. Una aventura semejante, con un ángel pequeño y delicioso, el cual, con blancos ropajes y alas de oro, por mí bebía los vientos, fue tan lejos que mi imaginación elevó su imagen y la convirtió casi en una aparición.

Pasado un año estaba bastante restablecida; pero no me había quedado en resto nada del carácter revoltoso propio de la infancia. Ni siquiera podía jugar con muñecas y exigía seres que respondieran a mi amor. Me satisfacían en extremo perros, gatos y pájaros, *y* seres semejantes de todas las clases que criaba mi padre; pero ¡qué no habría dado yo por poseer una criatura que desempeñaba un papel muy importante en uno de los cuentos de mi tía! Se trataba de un corderito que una campesina había atrapado en el bosque y había alimentado; pero en este precioso animal habitaba oculto un príncipe encantado, que finalmente volvía a mostrarse como un bello muchacho y recompensaba a su bienhechora con su mano. ¡Con qué deleite habría poseído yo un corderito semejante!

Pero como ninguno quería mostrarse, y puesto que junto a mí todo discurría de forma enteramente natural, se me desvaneció, poco a poco, la esperanza de poseer un bien tan precioso. Entretanto me consolaba, pues leía esos libros en los que se describen acontecimientos maravillosos. De todos ellos mi preferido era el *Hércules cristiano alemán,* cuya

piadosa historia de amor era enteramente de mi agrado. Siempre que le ocurría alguna cosa a su Valiska, y le ocurrían cosas terribles, rezaba antes de apresurarse en su ayuda, y las oraciones constaban detalladamente en el libro. ¡Cuánto me gustaba esto a mí! Mi inclinación a lo invisible, que siempre sentía de una forma oscura, sólo se acrecentaba con ello, pues desde entonces y para siempre también Dios debía ser mi confidente.

Sólo el cielo sabe lo que seguí leyendo, todo revuelto, según fui creciendo. Pero estimaba por encima de todas mis lecturas la *Octavia romana.* Las persecuciones de los primeros romanos, noveladas, despertaban en mí el más vivo interés.

Ahora bien, mi madre comenzó a protestar por la constante lectura; mi padre, por amor a ella, me quitó un día los libros de una mano y me los puso de nuevo en la otra. Era suficientemente listo para darse cuenta de que no iba a conseguir nada, y sólo me apremió para que leyera la Biblia con igual diligencia. No me opuse, y leí los Libros Sagrados obteniendo buenos dividendos. Mi madre siempre estaba atenta para que no cayeran en mis manos libros licenciosos, y yo misma habría apartado de mi vista cualquier escrito pernicioso, pues mis príncipes y princesas eran todos extremadamente virtuosos; por lo demás, sabía de la historia natural de la especie humana más de lo que dejaba traslucir, y la mayoría de estos conocimientos los había obtenido de la Biblia. Confrontaba los pasajes delicados con palabras y cosas que sucedían ante mis ojos *y,* gracias a mi curiosidad *y* al don que tenía para establecer relaciones, entresacaba felizmente la verdad. Si hubiera oído hablar de brujas, también me habría familiarizado con la brujería.

A mi madre y a esta curiosidad tengo que agradecer que a pesar de esta vehemente inclinación a la lectura aprendiera sin embargo a cocinar; pero es que aquí había cosas que ver. Para mí era una fiesta partir una gallina o un lechón. Llevaba a mi padre las vísceras y él hablaba conmigo sobre ellas como con un joven estudiante y con íntima alegría acostumbraba a llamarme su hijo malogrado.

Tenía ya doce años. Aprendí francés, danza y dibujo, y recibí la acostumbrada enseñanza religiosa. Esta última suscitaba en mí sensaciones y pensamientos, pero nada que se hubiera podido referir a mi estado. Escuchaba con agrado hablar de Dios, estaba orgullosa de poder hablar de Él mejor que mis iguales. Leí entonces con celo algunos libros que me permitieron charlotear sobre religión. Pero nunca caí en la cuenta de pensar si el asunto iba conmigo, si mi alma también estaba conformada de este modo, si se asemejaba a un espejo que pudiera reflejar el sol eterno; pues todas estas cosas ya las había presupuesto de una vez por todas.

El francés lo estudiaba con mucha avidez. Mi maestro de idiomas era un buen hombre. No era un empírico superficial, ni un seco gramático; sabía ciencias, había visto el mundo. Al mismo tiempo que las lecciones de idioma, satisfacía de diversas maneras mi curiosidad. Lo amaba tanto que siempre aguardaba su llegada con el corazón palpitante. El dibujo no me era difícil, y habría llegado más lejos con él si mi maestro hubiera poseído cabeza y conocimientos; pero sólo tenía manos y destreza.

Al principio la danza era sólo la más pequeña de mis alegrías; mi cuerpo era demasiado sensible y sólo aprendía en la compañía de mis hermanas. Pero gracias a la idea de nuestro maestro de ofrecer un baile para todos sus discípulos y discípulas se avivó el interés por este ejercicio.

Entre los muchos muchachos y muchachas destacaban dos hijos del Mayordomo Mayor de la Corte: el mas joven de mi misma edad, el otro dos años mayor, ambos de tal

Librodot

belleza que, según confesión general, sobrepasaban todo lo que en belleza infantil pudiera uno haber visto. Tampoco yo, apenas los vi, tuve ojos para nadie más de todo el grupo. En ese mismo instante comencé a bailar con esmero y deseé bailar bellamente. ¿Cómo fue que también estos muchachos, entre todas las demás, se fijasen preferentemente en mí? En cualquier caso, al poco tiempo éramos ya los mejores amigos, y aún no había finalizado la pequeña diversión cuando ya habíamos concertado dónde volveríamos a vernos próximamente. ¡Qué gran alegría para mí! Pero quedé totalmente embelesada cuando a la mañana siguiente, ambos, en muy galantes billetes, acompañados de un ramo de flores, se interesaban por mi situación. ¡Nunca me he vuelto a sentir como me sentí entonces! Atenciones fueron respondidas con atenciones, cartitas con cartitas. Iglesias y paseos se convirtieron desde ese momento en lugares de cita; nuestros jóvenes conocidos nos invitaban siempre a los tres juntos, pero éramos lo suficientemente astutos para disimular el asunto, de tal modo que nuestros padres sólo veían de él lo que nosotros estimábamos oportuno.

Tenía, pues, dos enamorados a la vez. No me decidía por ninguno de ellos, ambos me gustaban y como mejor estábamos era los tres juntos. Repentinamente, el mayor cayó gravemente enfermo; yo misma había estado con frecuencia muy enferma y supe alegrar al paciente enviándole cumplidos y exquisiteces adecuadas para un enfermo. Sus padres agradecían estas atenciones, escucharon los ruegos de su amado hijo y, tan pronto como éste abandonó la cama, me invitaron, junto con mi hermana, a visitarlo. La ternura con la que me recibió no era infantil, y a partir de aquel día me decidí por él. Me advirtió al instante de guardar discreción ante su hermano, pero nuestro fuego no se podía ocultar y los celos del más joven completaron la novela. Nos hizo mil malas jugarretas, con placer destruía nuestra alegría, y con ello aumentaba la pasión que buscaba destruir.

Había encontrado realmente al deseado corderito y esta pasión, como antaño la enfermedad, tuvo el efecto en mí de volverme silenciosa y alejarme de las alegrías bulliciosas. Estaba solitaria *y* conmovida, *y* de nuevo me volvió Dios a la memoria. Siguió siendo mi confidente, y bien sé las lágrimas que en oración derramé por el muchacho, que continuaba enfermo.

Aunque había mucho de infantil en el proceso, ese mismo proceso contribuía a la formación de mi corazón. En lugar de las traducciones habituales, teníamos que escribir diariamente para nuestro maestro de francés cartas inventadas por nosotras mismas. Hice pública mi historia de amor bajo los nombres de Philis y Damon. El viejo supo leer entre líneas, y para granjearse mi confianza alabó mucho mi trabajo. Fui cada vez más atrevida, destapé mi corazón y fui fiel a la verdad hasta en los detalles más pequeños. Ya no recuerdo en qué pasaje tomó entonces pie mi maestro para decir: «¡Que gentil, qué natural! Pero la buena de Philis debe tener cuidado, pues pronto puede el asunto volverse serio».

Me disgustó que no considerara que el asunto era ya serio y le pregunté ofendida qué entendía por serio. No se hizo repetir la pregunta una segunda vez y se explicó con tanta claridad que apenas si pude ocultar mi horror. Pero como al instante se declaró en mí el enojo y le tomé a mal que pudiera albergar tales pensamientos, me serené, quise justificar a mis enamorados y con las mejillas rojas como el fuego dije: «Pero, señor mío, Philis es una muchacha decente».

Pero era lo suficientemente malvado para burlarse de mi decente heroína, enrabietándome con ella, y mientras hablábamos francés jugar con la *honnêté,* para con-

ducir la decencia de Philis a través de todos sus significados. Sentía lo ridículo de la situación y estaba extremadamente turbada. Él, que no quería despertar mis recelos, interrumpía la conversación, pero la retomaba aprovechando cualquier otra oportunidad. Comedias *y* pequeñas historias que leía *y* traducía con él le brindaban a menudo la ocasión para mostrar qué débil protección contra las exigencias del amor es la así llamada virtud. No lo contradecía, pero siempre me enojaba en secreto, y sus advertencias se me hicieron pesadas.

Poco a poco iba rompiendo toda relación con mi buen Damón. Las triquiñuelas del hermano más pequeño habían erosionado nuestro trato. Poco tiempo después murieron los dos florecientes adolescentes. Me hizo daño, pero pronto estaban ambos olvidados.

Philis crecía deprisa, estaba totalmente sana y comenzaba a ver el mundo. El Príncipe Heredero se casó y poco después de la muerte de su padre tomó posesión del gobierno. Corte y ciudad conocían un vivo movimiento. Mi curiosidad encontraba, pues, donde alimentarse. Había comedias, bailes y todo lo que se sigue de ello, y aunque nuestros padres nos contenían tanto como les era posible, había sin embargo que dejarse ver en la Corte, donde fui introducida. Los extranjeros afluían a chorros, en todas las casas estaba el gran mundo, a nosotros mismos nos habían recomendado algunos caballeros *y* presentado a otros, *y* en la casa de mi tío se daban cita todas las naciones.

Mi honrado mentor continuaba advirtiéndome de una forma discreta *y*, sin embargo, acertada, y yo, secretamente, continuaba tomándomelo a mal. No estaba convencida en modo alguno de la verdad de sus afirmaciones, *y* quizá por aquel entonces tuviera yo razón *y* quizá estuviera él equivocado, cuando bajo todas las circunstancias consideraba tan débiles a las mujeres. Pero al mismo tiempo hablaba de forma tan insistente, que en cierta ocasión me dio miedo de que pudiera tener razón, pues le dije muy vivamente: «Puesto que el peligro es tan grande y el corazón humano tan débil, quiero pedirle a Dios que me proteja».

La ingenua respuesta pareció alegrarle y alabó mi propósito; pero yo, entonces, no lo había dicho en serio y en aquella ocasión se trataba tan sólo de palabras vacías, pues el sentimiento para lo invisible casi se había extinguido en mí. El gentío por el que estaba rodeada me dispersaba y me arrastraba como si fuera una impetuosa corriente. Fueron los años más vacíos de mi vida. Todo se reducía a pasarme días enteros hablando de nada, sin albergar pensamiento sano alguno, tan sólo revoloteando. Ni siquiera me acordaba de mis amados libros. Las gentes por las que estaba rodeada no tenían ni idea de las ciencias; se trataba de cortesanos alemanes, y esta clase de individuos no tenía por aquel entonces la más mínima cultura.

Podría pensarse que tales compañías tendrían que haberme conducido al borde de la perdición. Vivía tan sólo en una sensual alegría, no me concentraba, no rezaba, no pensaba ni en mí ni en Dios. Pero considero como un destino el que no me gustara ninguno de aquellos hombres, bellos, ricos y bien vestidos. Eran individuos de vida desordenada y no lo ocultaban; esto me asustaba y me echaba para atrás. Adornaban su conversación con ambigüedades, lo cual me ofendía y me mostraba fría ante ellos. En ocasiones, sus malas costumbres sobrepasaban todo lo imaginable y yo me permitía ser descortés.

Además, en cierta ocasión mi viejo maestro de idiomas me había dicho confidencialmente que con la mayoría de estos desagradables muchachos no sólo corre peligro la virtud de una muchacha, sino también su salud. Comencé a temerles y me

llenaba de inquietud cuando algunos de ellos, de la forma que fuera, se me acercaba en exceso. Me andaba con cuidado con los vasos y las tazas, así como con las sillas en las que se hubiera sentado alguno de ellos. De esta forma, tanto desde un punto de vista moral como físico me encontraba muy aislada, y todas las galanterías que me decían las interpretaba orgullosamente como incienso que me era debido.

Entre los extranjeros que por aquel entonces andaban entre nosotros, destacaba particularmente un hombre joven, al que en broma llamábamos Narciso. Había adquirido prestigio en la carrera diplomática y, dadas las diversas transformaciones que tenían lugar en nuestra nueva Corte, abrigaba esperanzas de ser ventajosamente colocado. Entró pronto en contacto con mi padre y sus conocimientos y su conducta le abrieron camino en la cerrada sociedad de los hombres más dignos. Mi padre hablaba mucho en su favor, y su bella figura habría causado aun mayor impresión si todo su ser no hubiera mostrado una especie de vanidosa presunción. Lo había visto, pensaba bien de él, pero nunca habíamos conversado.

En un gran baile, en el que también se encontraba él, bailamos juntos un minueto, pero sin entrar en mayores familiaridades. Cuando comenzaron los bailes más agitados, que yo acostumbraba a evitar en atención a mi padre, que estaba preocupado por mi salud, me retiré a un cuarto contiguo y conversé con antiguas amigas, que se habían puesto a jugar.

Narciso, que durante un rato había estado dando vueltas, entró también finalmente en el cuarto en el que yo me encontraba, y después de recuperarse de una hemorragia nasal que le había sorprendido bailando, comenzó a hablar conmigo de toda clase de cosas. Al cabo de media hora era tan interesante la conversación, a pesar de que en ella no se entremezclaba ni la más mínima huella de afecto, que ninguno de los dos podía soportar más el baile. Pronto fuimos objeto de las bromas de los demás, sin que lograran desconcertarnos. A la noche siguiente pudimos reanudar de nuevo nuestra conversación y velar por nuestra salud.

Ya habíamos trabado conocimiento. Narciso nos asistía y nos ofrecía sus respetos, a mí y a mis hermanas, y comencé a darme cuenta de nuevo de que sabía qué había pensado, qué había sentido y qué quería expresar en la conversación. Mi nuevo amigo, que desde siempre había frecuentado la mejor sociedad, además de las materias históricas y políticas, que dominaba enteramente, poseía muy amplios conocimientos literarios, y ninguna novedad le era desconocida, particularmente las que provenían de Francia. Me proporcionaba y me enviaba algún libro agradable, pero esto tenía que mantenerse más en secreto que si se tratara de una relación amorosa prohibida. Se ridiculizaba a las mujeres ilustradas, y ni siquiera se quería sufrir a las que habían recibido algún tipo de educación, probablemente porque se consideraba descortés avergonzar a tantos varones ignorantes. Incluso mi padre, que había acogido muy favorablemente esta nueva ocasión de formar mi espíritu, exigía expresamente que este comercio literario permaneciera en secreto.

De esta forma continuó nuestro trato aproximadamente un año, y no puedo decir que Narciso me hubiera manifestado de alguna manera amor o cariño. Permanecía atento y servicial, pero no mostraba ningún afecto. Parecía, más bien, que no le dejaban indiferente los encantos de mi hermana pequeña, que por aquel entonces era extraordinariamente bella. Bromeando le daba todo tipo de nombres joviales en lenguas extranjeras, muchas de las cuales hablaba muy bien y cuyos giros peculiares gustaba entremezclar en la conversación alemana. Ella no respondía a sus galanterías de forma

especial; estaba apresada en otras redes, y como era muy impulsiva y muy susceptible no era extraño que disintieran en pequeñeces. Con mi madre y con las tías sabía comportarse bien, y así, poco a poco, fue convirtiéndose en miembro de la familia.

Quién sabe cuanto tiempo habríamos continuado viviendo de este modo, si por un extraño azar nuestras relaciones no hubieran experimentado una súbita modificación. Fui invitada junto con mi hermana a cierta casa donde no gustaba ir. La sociedad estaba excesivamente mezclada, y con frecuencia se encontraban allí hombres de la condición si no más grosera, sí al menos del talante más vulgar. En aquella ocasión Narciso también estaba invitado, y por consideración a él me inclinaba a ir, pues estaba segura de encontrar a alguien con el que poder recrearme a mi manera. Ya en la mesa tuvimos que soportar varias impertinencias, pues algunos hombres habían bebido en exceso. Tras la comida bebimos y tuvimos que jugar a las prendas. El juego transcurría rápido y vivaz. Le tocó a Narciso rescatar una prenda y a tal fin se le ordenó que musitara al oído de todos los presentes algo que les resultara agradable. Se detuvo largo tiempo junto a mi vecina, la mujer de un capitán. De pronto, le dio éste tal bofetada que a mí, que estaba sentada justo al lado, se me llenaron los ojos de polvos cosméticos. Así que me hube restregado los ojos y repuesto en alguna medida del sobresalto, vi a ambos hombres con las espadas desnudas. Narciso sangraba *y* el otro, fuera de sí por el vino, la ira *y* los celos, apenas si podía ser sujetado por el resto de los presentes. Cogí a Narciso del brazo y lo conduje a través de la puerta, por una escalera que subía, a otro cuarto, y como no creía a mi amigo seguro frente a su furioso adversario eché de inmediato el cerrojo a la puerta.

Ninguno de los dos consideró que la herida fuera cosa seria, pues sólo vimos un ligero corte sobre la mano. Pero pronto descubrimos un río de sangre, que le corría por la espalda, y una herida tremenda en la cabeza. Me asusté. Corrí entonces al vestíbulo para pedir ayuda, pero no pude ver a nadie, pues todos se habían quedado abajo para amansar al enfurecido individuo. Finalmente, subió corriendo una hija del dueño de la casa, y me acongojó su regocijo, pues se reía hasta casi morir de aquel loco espectáculo y de aquella maldita comedia. Le pedí urgentemente que me proporcionase un médico, y ella, a su manera salvaje, bajo corriendo las escaleras para buscarlo.

Volví con mi herido, le até alrededor de la mano mi pañuelo, y una toalla, que colgaba en la puerta, se la ceñí en la cabeza. Seguía sangrando abundantemente, palidecía y parecía estar a punto de desmayarse. No había nadie cerca que hubiera podido ayudarme. Lo tomé con mucha naturalidad en mis brazos y con caricias y lisonjas traté de reanimarlo. Pareció obrar el efecto de un remedio espiritual: no llegó a perder el conocimiento, pero estaba sentado allí, pálido como los muertos.

Finalmente llegó la diligente dueña de la casa, y cómo se asustó cuando vio al amigo, en tal estado, yaciendo en mis brazos y a ambos rebosantes de sangre, pues nadie se imaginaba que Narciso estuviera herido: todos pensaban que yo lo había rescatado felizmente.

Allí había en abundancia vino, agua de colonia y todo aquello que sólo puede aliviar y refrescar; llegó también el médico y, entonces, bien podría haberme retirado, pero Narciso me asió fuertemente de la mano aunque yo, sin necesidad de ser retenida, habría permanecido allí. Mientras lo vendaban continué friccionándolo con vino, y apenas si me percaté de que todos se habían congregado a nuestro alrededor. El médico finalizó su tarea, el herido se despidió silenciosa y cortésmente de mí y fue llevado a su casa.

La dueña de la casa me condujo a su dormitorio; me hizo desnudarme del todo y no

puedo callar que yo, una vez que me hube lavado su sangre de mi cuerpo, por vez primera, por azar, en un espejo, me percaté de que también sin vestidos podía considerarme bella. No pude volver a vestirme ninguna de mis ropas, y como todas las personas de la casa eran más pequeñas o más gruesas que yo, regresé a casa, para gran sorpresa de mis padres, extravagantemente ataviada. Estaban muy enojados por mi sobresalto, por las heridas del amigo, por la sinrazón del capitán, por todo lo ocurrido. Poco faltó para que mi propio padre, para vengar a su amigo, desafiase en duelo al capitán. Censuró a los caballeros presentes no haber castigado en ese mismo momento una conducta tan alevosa, pues era de todo punto evidente que el capitán, tras haber golpeado a Narciso, había sacado la espada y lo había herido por detrás; el rasguño en la mano se había producido al desenvainar Narciso su espada. Yo estaba indescriptiblemente alterada y afectada, o como quiera decirse. El afecto, que descansaba en lo más hondo del corazón, se había desatado de improviso, como una llama atizada por el aire. Y si el placer y la alegría tienen buenas manos para engendrar primeramente el amor y luego alimentarlo en silencio, aquel que es por naturaleza resuelto es muy fácilmente llevado por el espanto a decidirse y a aclararse. Le dieron a la hijita una medicina y la acostaron. A la mañana siguiente, muy temprano, mi padre se apresuró a visitar a su amigo herido, que yacía gravemente enfermo con una fuerte fiebre producto de las heridas.

Mi padre me dijo muy poco de lo que había hablado con él e intentó tranquilizarme respecto a las consecuencias que este incidente pudiera tener. Sus comentarios versaron sobre si cabía satisfacerse con una excusa o si más bien había que conducir el asunto por vía judicial, y otras cosas semejantes. Pero yo conocía muy bien a padre como para creer que él deseara poner fin a este asunto sin un duelo. Permanecí, sin embargo, en silencio, pues desde muy temprano había aprendido de mi padre que las mujeres no tienen que entremezclarse en estos asuntos. Por lo demás, no parecía que entre los dos amigos hubiera acontecido nada que me concerniera; ahora bien, mi padre no tardó en confiarle a mi madre el contenido de su larga conversación. Narciso, dijo, estaba extremadamente conmovido por la ayuda que yo le había prestado, lo había abrazado, se había declarado mi eterno deudor y había expresado que no deseaba felicidad alguna si no la podía compartir conmigo: le había solicitado permiso para considerarlo como a un padre. Mamá me contó todo esto fielmente, pero me recordó con la mejor intención que no hay que hacer mucho caso de algo dicho así, al calor de la primera impresión. «Sí, ciertamente», le respondí con una frialdad ficticia, y sólo el cielo sabe qué y cuánto sentí en esos momentos.

Narciso estuvo enfermo dos meses. A causa de la herida en la mano derecha ni tan siquiera podía escribir; sin embargo, entretanto, me expresaba sus recuerdos mediante la más obsequiosa atención. Todas estas más que habituales cortesías las relacionaba con lo que sabía por mi madre, y mi cabeza estaba constantemente llena de ideas extravagantes. Toda la ciudad hablaba de lo sucedido. Se hablaba de ello conmigo en un tono peculiar, y se sacaban consecuencias que, por mucho que intentara rechazarlas, me eran cada vez más cercanas. Lo que antes había sido galanteo y costumbre se convirtió en seriedad e inclinación. La intranquilidad en la que vivía era tanto más enérgica cuanto más cuidadosamente buscaba yo ocultarla ante todos los hombres. La idea de perderlo me horrorizaba y la posibilidad de una relación más estrecha me hacía temblar. Ciertamente, para una muchacha medianamente lista la idea del matrimonio tiene algo de espantoso.

Librodot

Gracias a estas violentas conmociones había vuelto a acordarme de mí misma. Las multicolores imágenes de una vida desperdiciada, que antaño flotaban día y noche ante mis ojos, habían sido barridas, de pronto, como por un soplo. Mi alma comenzó de nuevo a hacerse sentir. Tan sólo no fue fácil reemprender el muy interrumpido trato con el amigo invisible. Continuábamos aún bastante alejados; nacía de nuevo algo entre nosotros, pero había una gran diferencia frente a lo de antaño.

Sin que yo me enterara se celebró un duelo, en el curso del cual el capitán resultó gravemente herido. La opinión pública estaba en todos los aspectos del lado de mi amado, el cual, finalmente, volvió a salir a escena. Antes que cualquier otra cosa, se hizo llevar a nuestra casa con la cabeza vendada y el brazo en cabestrillo. ¡Cómo me palpitaba el corazón en esta visita! Toda la familia estaba presente; por ambas partes todo quedaba en agradecimientos y cumplidos formales, mas él encontró la ocasión de ofrecerme algunas señales secretas de su cariño, con lo cual mi inquietud fue en aumento. Después de que él se hubo recuperado totalmente nos visitó a lo largo de todo el invierno de la misma manera que antaño y a pesar de las muchas silenciosas señales de emoción y de amor que me dio, todo quedó sin discutir.

De esta forma estaba yo en constante ejercicio. No podía confiarme a ningún ser humano y de Dios me había alejado mucho. A lo largo de estos cuatro años salvajes lo había olvidado totalmente; ciertamente, de vez en cuando volvía a pensar en él, pero el trato amistoso se había enfriado. Sólo le hacía visitas ceremoniosas, y como además de ello, cuando me presentaba ante él iba siempre bellamente vestida, y ante él mostraba con satisfacción mi virtud, decencia y otros méritos que frente a otros creía tener, él, entre tantos adornos, parecía que no se apercibía de mí.

Un cortesano quedaría muy intranquilo si su príncipe, del que espera su felicidad, se comportase así frente a él; pero yo no me sentía contrariada. Tenía lo que necesitaba: salud y comodidades. Si Dios se dignaba acoger mi recuerdo de él, bien estaba; y si no, pensaba que había cumplido con mi obligación.

Ciertamente, en aquella época yo no pensaba así de mí; pero tal era sin embargo la verdadera imagen de mi alma. Pero también por aquel entonces ya habían tomado forma mis deseos de cambio y purificación.

Llegó la primavera y Narciso me visitó de improviso en un momento en el que yo acostumbraba a encontrarme totalmente sola en casa. Se presentó entonces como amante y me preguntó si quería darle mi corazón y también mi mano, cuando se hubiera labrado una posición sólida y bien remunerada.

Ciertamente, ya estaba al servicio de nuestra Administración, pero al principio, temiendo su ambición, más se le había postergado que encumbrado. Además, como tenía capital propio, percibía unos emolumentos pequeños.

A pesar de toda mi inclinación hacía él, yo sabía que no era hombre con el que se pudiera proceder de forma totalmente directa. Me contuve, pues, y a pesar de que quiso que accediera de inmediato, lo remití a mi padre, de *cuyo* consentimiento él no parecía dudar. Finalmente dije sí, si bien puse como condición necesaria el asentimiento de mis padres. Habló él entonces formalmente con ellos; mostraron su satisfacción y empeñaron su palabra para el caso, que cabía esperar para muy pronto, de que avanzara en su carrera. Las hermanas y la tía fueron informadas del asunto y se les ordenó que guardasen el más estricto secreto.

Así pues, de pretendiente pasó a ser novio. Las diferencias entre ambos estados

resultaron ser muy grandes. Si alguien pudiera transformar los pretendientes de todas las muchachas decentes en novios, habría realizado una gran acción en beneficio de nuestro sexo, aun el caso de que de esta relación no se siguiera ningún matrimonio. El amor entre las dos personas no disminuye por ello, pero se hace más razonable. Desaparecen de inmediato innumerables pequeñas locuras, toda coquetería y todo desvarío. Si el novio nos dice que le gustamos más con una toquilla mañanera que con los más bellos vestidos, a toda muchacha decente le será indiferente el peinado; y nada es más natural que cuando él piensa sólidamente y más desea formar para sí un ama de casa que una muñeca para el mundo. Y así sucede en todas las materias.

Si además tal muchacha tiene la suerte de que su novio posea entendimiento y conocimientos, aprende más de lo que pudieran ofrecerle altas escuelas y países extraños. No sólo acepta con agrado toda la formación que él le da, sino que ella también intenta llegar por este camino tan lejos como le es posible. El amor hace posibles muchas cosas imposibles y finalmente solicita del sexo femenino esa sumisión tan necesaria y tan decorosa. El novio no domina como el marido; tan sólo pide, y su amada busca darse cuenta de lo que él desea, para realizarlo incluso antes de que él lo pida.

De este modo, la experiencia me ha enseñado lo que por muchos motivos no querría haber sabido. Fui feliz, verdaderamente feliz, como se puede serlo en este mundo, esto es, por breve tiempo.

El verano se fue entre estas silenciosas alegrías. Narciso no me daba ni el más mínimo motivo de queja; seguía conservando todo mi amor, toda mi alma pendía de él y él lo sabía y sabía valorarlo. Entretanto, sin embargo, a partir de aparentes pequeñeces nacía algo que deterioraba poco a poco nuestra relación.

Narciso me trataba como novio y nunca se arriesgó a solicitar de mí aquello que aún nos estaba prohibido. Sin embargo, en lo que hace a los límites de la virtud y de la moral éramos de opiniones muy distintas. Yo deseaba ir segura y no permitía absolutamente ninguna libertad, a no ser aquellas que en cualquier caso todo el mundo hubiera podido saber. El, acostumbrado a las golosinas, encontraba esta dieta muy estricta. Surgía aquí una constante contradicción: alababa mi conducta y buscaba socavar mi decisión.

Me volví a acordar de la seriedad de mi viejo maestro de idiomas y al mismo tiempo del remedio que yo, por aquel entonces, había indicado en contra de ella.

Con Dios me había familiarizado de nuevo un poco más. Él me había dado un novio tan amado, y sabía darle las gracias por ello. El mismo amor terrenal concentraba mi espíritu *y* lo ponía en movimiento, *y* mi trato con Dios no lo contradecía. De una forma totalmente natural me quejaba ante él de aquello que me inquietaba, y no me daba cuenta de que yo misma deseaba y codiciaba lo que me inquietaba. Me hallaba muy fuerte y no rezaba diciendo, por ejemplo, «protégeme de la tentación». Con mis pensamientos dejaba atrás la tentación. Revestida con el vacío oropel de la propia virtud me presentaba osadamente ante Dios y él no me rechazaba; al más mínimo movimiento hacia él, dejaba una dulce impresión en mi alma y esta impresión me movía a buscarlo de nuevo.

Excepto Narciso, el mundo entero estaba muerto para mí, y nada, excepto él, tenía para mí aliciente. Incluso mi afición a los atavíos y adornos tenía el único fin de gustarle; si sabía que él no había de verme no ponía ningún cuidado en arreglarme. Me gustaba bailar, pero si él no estaba me parecía que no podía soportar el movimiento. Para una brillante fiesta a la que él no asistiera, no podía ni comprar algo nuevo, ni arreglarme con modas ya pasadas. Me daba igual lo uno que lo otro, o mejor dicho, lo uno y lo otro me

resultaba molesto. Creía haber pasado una velada agradable cuando podía organizar un juego con personas de edad, para lo cual, sin embargo, no tenía ni las más mínimas ganas. Y así me sucedía con los paseos y con todas las diversiones sociales que puedan imaginarse:

Sólo a él estaba consagrada,
sólo para él parecía haber nacido,
no otra cosa que su favor deseaba.

De este modo, aun en compañía, me encontraba sola y la completa soledad era lo que más apetecía. Pero mi activo espíritu no podía ni dormir ni soñar; sentía y pensaba y buscaba poco a poco una destreza para hablar con Dios de mis sensaciones y pensamientos. Se desarrollaban entonces en mi alma sensaciones de otro tipo, que no contradecían las anteriores, pues mi amor por Narciso era conforme a todos los planes de la creación y no chocaba nunca contra mis deberes. No se contradecían y eran, sin embargo, infinitamente diferentes. Narciso era la única imagen que tenía presente, a la que se dirigía todo mi amor; pero el otro sentimiento no se dirigía a ninguna imagen y era indeciblemente delicioso. No lo tengo *ya y* no lo recuperaré nunca más.

Mi amado, que conocía todos mis secretos, nada sabía de ello. Pronto me di cuenta de que él pensaba de otra manera. Con frecuencia me pasaba escritos que con armas ligeras y pesadas combatían todo lo que pudiera tener alguna relación con lo invisible. Leía estos libros, porque venían de él, pero al final no me quedaba ni una palabra de ellos.

En lo que se refiere a las ciencias y a los conocimientos tampoco estaba nuestra relación libre de contradicciones. Él hacía como todos los varones: se burlaba de las mujeres ilustradas y me ilustraba incesantemente. Excepto de materias jurídicas, acostumbraba a hablar conmigo sobre todas las cosas, y a la par que constantemente me traía libros de todos los tipos, me repetía con frecuencia la grave doctrina de que una mujer de su hogar debe mantener en secreto su saber, al igual que el calvinista su fe en tierras católicas. Y mientras que yo, de una forma totalmente natural, no acostumbraba a mostrarme al mundo más inteligente y más formada que antes, él era el primero que no podía resistir la vanidad de exhibir mis perfecciones.

Un hombre de mundo famoso y por aquel entonces muy apreciado por su influencia, su talento y su ingenio, era muy bien aceptado en nuestra Corte. Apreciaba particularmente a Narciso y lo tenía constantemente a su lado. Discutían también acerca de la virtud de las mujeres. Narciso me confiaba detalladamente sus conversaciones; yo no me quedaba atrás con mis observaciones, y mi amigo me pidió que las pusiera por escrito. Yo escribía francés con mucha fluidez: mi viejo maestro de idiomas me había dado una sólida base. La correspondencia con mi amigo estaba redactada en este idioma, y por aquel entonces sólo con la lectura de libros franceses podía obtenerse una formación más selecta.

Mi escrito gustó al conde y tuve que hacerle llegar algunos pequeños poemas que había escrito hacía poco. Brevemente, parece que Narciso hizo alarde sin reservas de su amada y para gran satisfacción suya la historia terminó con una aguda carta en versos franceses, que él envió al conde a su partida, y en la que se reflexionaba sobre su amistosa disputa; al final de la carta se celebraba felizmente que mi amigo, tras muchas dudas y errores, experimentase qué sea la virtud en los brazos de una esposa bella y

virtuosa.

Esta carta me fue mostrada a mí la primera y luego a todo aquel que hubiera querido leerla, y cada cual pensó de ella lo que quiso. Así sucedió en varios casos y de este modo todos los extranjeros que él apreciaba tuvieron que ser introducidos en nuestra casa.

Una aristocrática familia, atraída por nuestro hábil médico, se detuvo un tiempo entre nosotros. También en esta casa Narciso era considerado como un hijo. Me introdujo allí, donde entre estas dignas personas se encontraba un agradable entretenimiento para el espíritu y el corazón; incluso los habituales pasatiempos de sociedad no parecían en aquella casa tan vacíos como en otros lugares. Todo el mundo sabía cuál era nuestra situación y nos trataban como lo exigían las circunstancias, sin mencionar el asunto principal. Aludo a estas relaciones porque en el curso de mi vida tuvieron alguna influencia sobre mí.

Había transcurrido casi un año de nuestro noviazgo y con el año también había quedado detrás nuestra primavera. Llegó el verano y todo se tornó más serio y caliente.

Debido a algunos fallecimientos inesperados quedaron vacantes algunos cargos a los que Narciso podía aspirar. Estaba próximo el momento en el que tendría que decidirse todo mi destino, *y* mientras Narciso *y* sus amigos se esforzaban al máximo en la Corte por acallar ciertas impresiones que le eran desfavorables y procurarle el empleo deseado, yo me dirigía con mis ruegos al amigo invisible. Fui tan amistosamente aceptada que regresé a él con agrado. Con entera libertad le confesé mi deseo de que Narciso alcanzara el cargo; pero mi ruego no fue impetuoso, ni en modo alguno pretendía que lo alcanzase gracias a mis oraciones.

El cargo fue ocupado por un competidor muy inferior. Me asusté intensamente al leer la noticia en el periódico y fui corriendo a mi cuarto, que cerré firmemente tras de mí. El primer dolor se disolvió en lágrimas; el siguiente pensamiento fue: «No ha sucedido por casualidad», y de inmediato surgió la resolución de tomármelo a bien, porque también este mal aparente enriquecería mi bien verdadero. Afluyeron las dulcísimas sensaciones que disipan todas las nubes de la preocupación; y sentía que con esta ayuda todo lo podía soportar. Me senté risueña a la mesa, para asombro de mis familiares.

Narciso tuvo menos fuerza que yo, y tuve que consolarlo. En su familia le acontecieron contratiempos que también le afligieron mucho y, dada la verdadera confianza que reinaba entre nosotros, me lo confió todo. Tampoco tuvieron éxito sus negociaciones para ir a servir al extranjero; todo lo sentía yo profundamente, por él *y* por mí, *y* todo lo llevaba finalmente al lugar donde sabía que mis demandas eran tan bien recibidas.

Cuanto más suaves eran estas experiencias, tanto más a menudo intentaba renovarlas, y siempre buscaba el consuelo allí donde tan a menudo lo había encontrado. No siempre lo hallaba: me sucedía como a aquel que desea calentarse al sol y encuentra algo en el camino que le hace sombra. «¿Qué es?», me preguntaba a mí misma. Indagué con vehemencia el asunto y me di cuenta con toda claridad de que todo dependía de la disposición de mi alma. Cuando ésta no miraba a Dios por la dirección más absolutamente recta, permanecía fría; no sentía su efecto retroactivo y no podía percibir su respuesta. Había una segunda cuestión: ¿qué obstaculiza esta dirección? Aquí me encontraba ante un basto territorio y me enredé en una investigación que duró casi todo el segundo año de mi historia de amor. Podría haberla finalizado antes, pues pronto encontré el rastro; pero no lo quería reconocer y buscaba miles de subterfugios.

Encontré muy pronto que la dirección recta de mi alma se perturbaba por las insensatas distracciones que me dispersaban y por ocuparme de cosas indignas; el cómo y el dónde pronto lo tuve suficientemente claro. Ahora bien, ¿cómo escapar de un mundo donde todo es indiferente o loco? Con gusto habría abandonado el asunto y habría vivido a la que salga, como hacen otras personas, que yo veía que se sentían enteramente bien. Pero no podía: mi interior me contradecía con excesiva frecuencia. Aunque quisiera alejarme de la sociedad y cambiar mis relaciones, no podía. Estaba encerrada en un círculo. No podía deshacerme de ciertas relaciones, y en el asunto en el que estaba yo tan empeñada se agolpaban y se amontonaban las fatalidades. Con frecuencia me iba a la cama con los ojos llenos de lágrimas y traspasar la noche en vela volvía a levantarme de la misma manera. Necesitaba un apoyo poderoso y Dios no me lo prestaba cuando correteaba de un lado a otro ataviada como los locos con un gorro de cascabeles.

Se trataba, pues, de sopesar todas y cada una de las acciones. En primer lugar, reflexioné sobre la danza y el juego. Nada se ha dicho, pensado o escrito a favor o en contra de estos asuntos que yo no investigara, consultara, leyera, sopesara, acrecentase, rechazase y me trastornase. Si me abstenía de la danza y el baile estaba segura de ofender a Narciso, pues él temía en extremo el ridículo que ante el mundo supone la apariencia de una conciencia escrupulosa. Y como aquello que yo consideraba tontería, dañina tontería, ni tan siquiera lo hacía por gusto, sino sólo por él, todo se me hizo espantosamente difícil.

Sin molestos rodeos y repeticiones no podría exponer los esfuerzos que tuve que hacer para realizar aquellas acciones, que ni siquiera me distraían y que además perturbaban mi paz interior, de modo tal que, en ellas, permaneciera abierto mi corazón a la influencia del ser invisible, ni con cuánto dolor hube de sentir que de este modo no cabía poner término al conflicto. Pues tan pronto como me revestía con los ropajes de la tontería, no quedaba el asunto en mera mascarada, sino que la locura me penetraba de inmediato más y más.

¿Puedo en estos momentos transgredir la ley de una exposición meramente histórica y realizar algunas consideraciones sobre aquello que acontecía en mí? ¿Qué pudo ser aquello que transformó mi gusto y mi mentalidad de modo tal que yo, a mis veintidós años, incluso antes, no encontrara ninguna satisfacción en cosas que a la gente de esta edad divierten inocentemente? ¿Por qué para mí no eran inocentes? Ciertamente, puedo responder lo siguiente: porque precisamente para mí no eran inocentes, porque yo, a diferencia de lo que le sucede a otros, no era una desconocida para mi alma. No, yo sabía por experiencias que tuve sin buscarlas, que hay sensaciones más elevadas que nos proporcionan verdaderamente una satisfacción que en vano se busca en las fiestas y diversiones, y que en esta alegría más elevada se guarda al mismo tiempo un tesoro secreto que nos fortalece en la desgracia.

Sin embargo, las diversiones y pasatiempos sociales de la juventud necesariamente tenían que producir en mí un fuerte aliciente, pues no me era posible hacerlos como si no los hiciera. ¡Cuántas cosas no podría hacer yo ahora con entera frialdad, con sólo que lo quisiese, cosas que antaño me desconcertaban, que incluso amenazaban con esclavizarme! No cabían caminos intermedios: tenía que abstenerme o bien de los seductores placeres o bien de las confortantes sensaciones internas.

Pero el conflicto ya estaba decidido en mi alma sin que yo fuera plenamente consciente de ello. Aunque también había algo en mí que hacía que anhelara los placeres sensuales, no podía sin embargo disfrutarlos. Incluso aquel que amara el vino por encima

de todo, perdería todas las ganas de beber si se encontrara en una bodega llena de barriles, pero en la que el aire viciado amenazara con ahogarlo. El aire puro es más que el vino: así lo sentía yo con toda vivacidad y, ciertamente, desde el principio me habría costado poca reflexión preferir lo bueno a lo placentero, si el miedo a perder el favor de Narciso no me hubiera retenido. Pero finalmente, después de mil conflictos, tras reflexiones una y otra vez repetidas, cuando eché una aguda mirada al vínculo que me ataba a él, descubrí que sólo era débil, que podía romperse. Reconocí de golpe que se trataba tan sólo de una campana de cristal que me encerraba en un espacio sin aire. ¡Un poco de ímpetu y estás salvada!

Dicho *y* hecho. Me quité la máscara *y* actué en toda ocasión como me lo dictaba el corazón. Continuaba amando tiernamente a Narciso; pero el termómetro, que antes estaba metido en agua caliente, colgaba ahora al aire libre. No podía subir más allá de lo que le permitía el calor de la atmósfera.

Desgraciadamente, se enfrió mucho. Narciso comenzó a retraerse y a comportarse como un extraño. Era muy libre de hacerlo, pero mi termómetro caía tanto como él se retraía. Mi familia se daba cuenta de ello, me preguntaban, se sorprendían. Yo les explicaba con obstinación masculina que bastante me había sacrificado hasta entonces, que estaba dispuesta a seguir compartiendo con él, y hasta el fin de mi vida, todas las contrariedades, pero que exigía completa libertad para mis acciones, que mi hacer y dejar de hacer tenía que depender de mis convicciones, que, ciertamente, nunca había persistido obstinadamente en mis opiniones, sino que más bien me gustaba escuchar todas las razones, pero que como se trataba de mi propia felicidad, la decisión tenía que depender de mí, y que no toleraría ninguna clase de presión. Así como los razonamientos del más afamado médico no me moverían a comer un alimento quizá muy sano y muy apreciado por todos los demás, si mi experiencia me demostrase que siempre me resulta perjudicial, como sucede, por ejemplo, con el café, del mismo modo y aun menos habría de dejarme convencer por alguien de que una acción, que me perturbara, sería sin embargo moralmente saludable para mí.

Como me había preparado tanto tiempo en silencio, los debates a este respecto me eran antes gratos que engorrosos. Yo aireaba mi corazón y sentía todo el valor de mi decisión. No cedía ni un ápice, y a aquel al que no debía un respeto filial, lo despachaba ásperamente. En mi casa triunfé pronto. Mi madre había tenido desde su juventud inclinaciones semejantes, sin bien en ella no habían llegado a madurar: no la obligó ninguna necesidad, ni le avivó el valor para hacer prevalecer sus convicciones. Se alegró de ver realizados a través de mí sus callados deseos. Mi hermana más pequeña parecía estar de mi parte; la segunda estaba atenta y en silencio. Mi tía era la que oponía más reparos. Las razones que aducía ante ella le parecían concluyentes y en efecto lo eran, pues eran absolutamente comunes. Me vi finalmente obligada a mostrarle que en este asunto no tenía de ninguna manera ni voz ni voto, y sólo en raras ocasiones hacía notar que persistía en su opinión. También ella fue la única que vivió de cerca estos acontecimientos y que permaneció impasible. No la hago mucho de menos si digo que era pusilánime y de las más limitadas luces.

Mi padre se condujo totalmente de acuerdo con su forma de pensar. Decía poco, pero hablaba a menudo conmigo sobre el asunto, y sus razones eran comprensibles e irrebatibles en tanto que eran *sus* razones. Sólo el profundo sentimiento de mi derecho me daba fuerzas para disputar con él. Pero pronto cambió la escena: tuve que apelar a su

corazón. Forzada por su inteligencia me lancé a la más emotiva de las representaciones. Di rienda suelta a mi lengua y a mis lágrimas. Le mostré lo mucho que amaba a Narciso y a qué presión había estado sometida los últimos dos años, lo cierta que estaba de actuar rectamente, que estaba dispuesta a sellar esta certeza con la pérdida del amado novio y de la aparente felicidad, más aun, si fuera necesario, con la de todos mis bienes y pertenencias; que antes prefería abandonar patria, padres *y* amigos *y* ganarme el pan en tierras extrañas, que actuar en contra de mis convicciones. Mi padre ocultó su emoción, calló durante un tiempo y finalmente se declaró abiertamente a mi favor.

Desde aquel entonces Narciso evitaba nuestra casa, y mi padre renunció a la tertulia semanal que aquél frecuentaba. El asunto causó escándalo en la Corte y en la ciudad. Se hablaba de ello como es habitual en esos casos en los que el público suele tomar vehemente partido, porque está acostumbrado a tener alguna influencia sobre las decisiones de los ánimos débiles. Conocía suficientemente el mundo y sabía que es frecuente que las mismas personas que nos aconsejan algo nos critiquen después por haber seguido el consejo, y aun al margen de esta consideración todas esas pasajeras opiniones habrían valido menos que nada en mi ánimo más íntimo.

Sin embargo, no me concedí abandonar mi afecto por Narciso. Se me había hecho invisible y mi corazón no se había modificado frente a él. Lo amaba tiernamente, por así decirlo, de una forma nueva y mucho más asentada que antes. Si estaba de acuerdo en no trastornar mi convicción, era suya; pero sin esta condición habría rechazado un imperio y a Narciso con él. Estuve varios meses dándole vueltas en mi cabeza a estas sensaciones *y* pensamientos *y* cuando finalmente me sentí suficientemente tranquila y fuerte para ponerme manos a la obra tranquila y serenamente, le escribí un billete cortés, no exento de cariño, y le pregunté por qué no me visitaba con más frecuencia.

Como conocía su tendencia a no explicarse en asuntos fútiles, sino a hacer calladamente lo que le parecía bien, lo apremié a propósito para que me contestase al instante. Obtuve una larga respuesta y, así me lo pareció, insípida, escrita en un estilo de circunstancias y con frases vacías: que sin una posición mejor no podía establecerse y ofrecerme su mano, que yo sabía mejor que nadie los muchos contratiempos que hasta entonces había tenido que arrostrar, que creía que unas relaciones tan largas y tan sin fruto podían dañar mi *renommée, y* que, en consecuencia, había de permitirle permanecer en su actual alejamiento; tan pronto como estuviera en condiciones de hacerme feliz, haría honor a la palabra que me había dado.

Le respondí de inmediato: que puesto que el asunto era conocido por todo el mundo, quizá fuera algo tarde para preocuparse de mi *renommée, y* que a este respecto mi conciencia y mi inocencia me resultaban los fiadores más seguros; pero que con la presente le devolvía sin vacilación su palabra y que esperaba hacerle feliz con ello. A las pocas horas recibí una breve respuesta que en lo esencial decía exactamente lo mismo que la primera. Repetía que en cuanto obtuviera una posición volvería a preguntarme si querría compartir su felicidad con él.

Era lo mismo que no decir nada. Expliqué a mis familiares y a mis conocidos que el asunto había concluido, y así era también en realidad. Pues cuando nueve meses después fue promovido al puesto deseado, volvió a ofrecerme de nuevo su mano, ciertamente con la condición de que en calidad de esposa de un hombre que deseaba formar un hogar tenía que cambiar mi forma de pensar. Le di las gracias cortésmente y me apresuré con todo mi corazón y mis sentidos a dar por finalizada esta historia, al igual que se abandona

Librodot

el teatro cuando cae el telón. Y cuando poco tiempo después, como por otra parte había de serle muy sencillo, encontró un partido rico *y* de buena presencia *y* lo supe feliz a su manera, mi tranquilidad fue totalmente completa.

No puedo dejar de decir que algunas veces, tanto antes de que él obtuviera su empleo como también después, se me hicieron importantes ofertas de matrimonio, que yo rechacé sin vacilar, por mucho que mi padre y mi madre hubieran deseado una mayor docilidad por mi parte.

Después de un marzo y un abril tan tormentosos, me parecía que me estaba deparado el mayo más hermoso. Junto a una buena salud disfrutaba de una indescriptible tranquilidad anímica. Si miraba hacia atrás, veía que a pesar de mi pérdida había sin embargo ganado. Joven y llena de sensibilidad como era, la creación me parecía mil veces más bella que antes, cuando tenía que hacer vida social para que no se me hiciera excesivamente largo el instante en el bello jardín. Puesto que ni siquiera me avergonzaba de mi piedad, tenía valor para no ocultar mi amor por las artes y las ciencias. Dibujaba, pintaba, leía y encontraba suficiente gente que me apoyaba. En lugar del gran mundo, que había abandonado, o más bien que me había abandonado, se formaba en torno a mí un mundo más pequeño, que era mucho más rico e interesante. Yo tenía inclinación a la vida social, y no niego que cuando me deshice de mis antiguas amistades temía a la soledad. Pero me encontraba suficientemente resarcida, incluso en exceso. Mis amistades eran amplias, no sólo con los naturales del país cuya forma de pensar coincidía con la mía, sino también con extranjeros. Mi historia se había hecho pública, y había muchos hombres curiosos por ver a la muchacha que apreciaba más a Dios que a su novio. Por aquel entonces era perceptible en Alemania una cierta disposición religiosa. En muchas casas de príncipes y de condes estaba viva la preocupación por la salvación del alma. No faltaban los nobles que alimentaban el mismo interés y en los estratos sociales más bajos esta disposición estaba muy extendida.

La familia aristocrática que he mencionado más arriba me acogió entonces más íntimamente en su seno. Entretanto había engrosado, pues algunos de sus familiares habían regresado a la ciudad. Estas apreciables personas buscaban mi trato, al igual que yo el suyo. Estaban emparentados con gente muy principal, y en aquella casa conocí a gran parte de los principes, condes y señores del Imperio. Mi forma de pensar no era un secreto para nadie y ya se la alabase o tan sólo se la respetase, obtenía yo mi fin y no era impugnada.

Sin embargo, aun tuve que regresar al mundo de otra manera. Justo en esta época se detuvo largo tiempo entre nosotros un hermanastro de mi padre, que antes nos había visitado sólo de pasada. Había abandonado el servicio de su Corte, donde era apreciado y gozaba de influencia, sólo porque no marchaba todo según su criterio. Su inteligencia era precisa y su carácter estricto, y en esto era muy semejante a mi padre, sólo que éste poseía además un cierto grado de ductilidad gracias al cual le era más sencillo pactar en sus negocios y, ciertamente, no hacer nada en contra de sus convicciones, pero sí dejar que las cosas sucedieran y a continuación dejar que su indignación se evaporara o bien calladamente para sí, o bien en la confianza del ámbito familiar. Mi tío era mucho más joven, y su aspecto exterior corroboraba no menos su carácter independiente. Había tenido una madre muy rica y aún podía esperar un gran capital de sus parientes próximos y lejanos. No necesitaba, pues, ningún sobresueldo, a diferencia de padre, el cual, dado su moderado capital, estaba muy atado a su empleo por el sueldo.

Mi tío se había vuelto aun más inflexible debido a las desgracias que habían acontecido en su hogar. Había perdido pronto a una esposa a la que amaba y a un hijo en el que había depositado todas sus esperanzas, y desde entonces parecía querer alejar de sí todo aquello que no dependiera de su voluntad.

En ocasiones, en la familia se murmuraba con cierta presunción que probablemente no volvería a casarse y que nosotros los niños podíamos considerarnos como los herederos de su gran capital. Yo no prestaba atención a estas habladurías; sin embargo, la conducta de los demás estaba determinada no poco por estas esperanzas. A pesar de la firmeza de su carácter se había acostumbrado a no contradecir a nadie en la conversación, más bien a escuchar amigablemente la opinión de otros e incluso a apoyar él mismo con argumentos y ejemplos el punto de vista desde el cual esos otros abordaban un asunto. Quien no lo conocía pensaba siempre ser de la misma opinión que él, pues era muy inteligente y era capaz situarse en todas las perspectivas.

Conmigo no le era tan sencillo, pues estaban en juego sensaciones de las que él no tenía ni idea y por muy cauta, participativa e inteligentemente que hablara conmigo sobre mi forma de pensar, era para mi chocante que, evidentemente, no tuviera ni la más remota idea de aquello donde residía el fundamento de todas mis acciones.

Por muy misterioso que fuera en todo lo demás, al final, después de un tiempo, se puso de manifiesto el motivo de su inusual estancia entre nosotros. Pudo descubrirse finalmente que entre nosotras había escogido a la hermana más pequeña para buscarle esposo según su criterio y hacerla feliz; y, ciertamente, por sus dotes físicos *y* espirituales, *y* particularmente cuando a ello se añadía la envoltura de un capital considerable, podía aspirar a los principales partidos. Sus sentimientos para conmigo los dio a conocer, por así decirlo, en forma de pantomima, pues me proporcionó una canonjía, de la que muy pronto también obtuve los ingresos.

Mi hermana no estaba tan contenta y tan agradecida con su intervención como yo lo estaba. Me descubrió un asunto amoroso, que hasta entonces había ocultado muy sabiamente, pues temía, como en efecto sucedió, que yo le desaconsejase de todas las formas posibles una relación con un hombre que no tendría que haberle gustado. Hice todo lo posible y lo logré. Las intenciones de mi tío eran demasiado serias y demasiado claras, y el panorama que se abría para mi hermana, dada su comprensión del mundo, era demasiado estimulante como para no tener fuerzas para rechazar una inclinación que incluso desaprobaba su inteligencia.

Puesto que ella, a diferencia de lo que había sucedido hasta entonces, ya no rehusaba la suave dirección del tío, pudo éste trazar rápidamente su plan. Mi hermana sería dama en una corte vecina, donde él podía entregársela, para que la vigilara y la educara, a una amiga suya, que en calidad de primera dama de honor era muy respetada. La acompañé al lugar de su nueva residencia. Las dos quedamos muy contentas con el recibimiento del que fuimos objeto, y en ocasiones tuve que reírme disimuladamente del personaje que como canonesa, como joven y piadosa canonesa, interpretaba en el mundo.

En épocas anteriores tal circunstancia me habría desconcertado mucho, incluso me habría hecho perder la cabeza; pero ahora estaba muy serena frente a todo lo que me rodeaba. Me dejaba peinar con gran calma durante dos horas, me ataviaba y no pensaba que en mis circunstancias fuera culpable por vestirme esta librea de gala. En los rebosantes salones hablaba con todos y con cada uno, sin que ninguna figura o persona me produjese una fuerte impresión. Cuando regresaba a casa, el cansancio de mis piernas

era por lo general el único sentimiento con el que volvía. Las muchas personas a las que veía eran de provecho para mi inteligencia; y como ejemplo de todas las virtudes humanas y de modales buenos y nobles conocí a algunas mujeres, especialmente la primera dama de honor con la cual tenía mi hermana la suerte de educarse.

Sin embargo, a mi regreso no sentí que este viaje me hubiera proporcionado consecuencias corporales tan felices. A pesar de vivir en la mayor sobriedad y de seguir la más estricta dieta, en la Corte vecina no era señora ni de mi tiempo ni de mis fuerzas. Alimentación, ejercicio, horas de levantarse *y* de acostarse, vestidos *y* paseos no dependían, como en casa, ni de mi voluntad ni de mis sensaciones. En el curso de la vida social uno no puede detenerse sin ser descortés, y yo hacía con agrado todo lo que era necesario, porque lo consideraba mi deber, porque sabía que pasaría pronto y porque me sentía más sana que nunca. Pero sin darme de cuenta de ello, esta vida intranquila y extraña tuvo que haber influido en mí más fuertemente de lo que pensaba, pues apenas si había regresado a casa y había alegrado a mis padres con un relato satisfactorio de lo sucedido me sorprendió un vómito de sangre que aunque no fue peligroso y cesó rápidamente, dejó sin embargo tras de sí una notable debilidad que duró largo tiempo.

Tenía de nuevo que aprender una lección. Lo hice alegremente. Nada me ataba al mundo y estaba convencida de que en él nunca encontraría lo justo, y así me encontraba yo en el estado más apacible y más tranquilo y, en la medida en que había renunciado a la vida, en la vida me mantuve.

Tuve que soportar un nuevo examen, pues mi madre se vio sorprendida por una pesada enfermedad que aún le duró cinco años antes de que pagara su deuda con la naturaleza. A lo largo de este tiempo hubo momentos de prueba. A menudo, cuando la zozobra se le hacía muy fuerte, nos citaba por la noche a todos en torno a su cama, para que al menos nuestra presencia, si no la mejorase, sí al menos la distrajese. Más grave, apenas soportable, fue la presión cuando mi padre también comenzó a declinar. Desde su juventud había padecido violentos dolores de cabeza, pero como mucho sólo le duraban treinta y seis horas. Ahora se hicieron crónicos y cuando alcanzaban una fuerte intensidad, sus lamentos me desgarraban el corazón. En medio de estas tormentas sentía yo al máximo mi debilidad corporal, porque me impedía cumplir mis deberes más sagrados y más amados o me dificultaba máximamente su ejercicio.

Así pues, podía ponerme a prueba, saber si el camino que había seguido era verdad o fantasía, si quizá era todo mera repetición de lo que otros habían pensado o si el objeto de mi fe tenía realidad; y para mi gran amparo siempre encontré lo último. Había buscado y encontrado la dirección recta de mi corazón, el trato con el *beloved one,* y esto es lo que hacía que todo me resultara más ligero. Como el caminante entre las sombras, así se apresuraba mi alma hacia ese refugio cuando todo lo exterior me atenazaba, y nunca regresaba vacía.

En tiempos recientes, algunos defensores de la religión, que parecen tener para la misma más celo que sentimiento, han invitado a sus correligionarios a hacer públicos ejemplos de oraciones realmente atendidas, probablemente porque desean tener pruebas tangibles y por escrito para arremeter contra sus adversarios con medios diplomáticos y judiciales. ¡Qué desconocido debe de serles el verdadero sentimiento y qué pocas experiencias auténticas han debido realizar ellos mismos!

Puedo decirlo: nunca regresé de vacío cuando urgida por la presión y la necesidad busqué a Dios. Se ha dicho infinitas veces y, sin embargo, ni puedo ni debo decirlo más.

Librodot

Cuanto más importante fue para mí la experiencia en los momentos críticos, tanto más descolorida, insignificante e inverosímil resultaría la narración, si quisiera aducir casos aislados. ¡Qué feliz era yo de que miles de pequeños procesos, tomados en conjunto, me demostrasen, con la misma certeza con la que la respiración es signo de mi vida, que no estaba en el mundo sin Dios! Él me era próximo, yo estaba ante Él. Esto es lo que puedo decir con máxima verdad, evitando expresamente toda terminología teológica sistemática.

¡Cuánto habría deseado yo haberme encontrado también antaño totalmente sin sistema! Pero ¿quién alcanza temprano la felicidad de ser consciente de su propio yo, sin formas extrañas, en pura conexión causal? Yo me tomaba en serio mi propia bienaventuranza. Humildemente confiaba en la autoridad externa. Me sometí enteramente al sistema de conversión de Halle, pero mi ser no encajaba en ningún camino.

De acuerdo con este plan de estudios, la transformación del corazón debe comenzar con un profundo horror ante el pecado. El corazón, consciente de su indigencia, debe reconocer en mayor o menor grado el castigo adeudado y paladear el sabor anticipado del infierno, que amarga el placer del pecado. Finalmente, debe sentirse una seguridad muy notable en la gracia, pero que a continuación se oculta con frecuencia y tiene que ser buscada de nuevo con seriedad.

Nada de esto se me podía aplicar, ni de lejos ni de cerca. Cuando buscaba a Dios con rectitud y sinceridad, Él se dejaba encontrar y nada se me reprochaba. Ciertamente, yo miraba hacia atrás, allí donde había sido indigna, y sabía también dónde lo seguía siendo; pero el reconocimiento de mis imperfecciones no estaba acompañado por el temor. Ni por un instante me vino a la mente el miedo ante el infierno; más aun, la idea de un espíritu malo y de un lugar de castigo y tormento nunca pudo encontrar acomodo en el círculo de mis ideas. A las personas que vivían sin Dios, cuyo corazón estaba cerrado a la confianza y al amor a lo invisible, las encontraba ya tan infelices, que el infierno y las penas exteriores más parecían prometerles un alivio del castigo que amenazarles con una agudización del mismo. Yo sólo podía ver personas que en este mundo albergaban en su pecho sentimientos aborrecibles, que se ocultaban frente a lo bueno de cualquier tipo, y que a sí mismos y a los demás querían endosarles lo malo, que preferían cerrar los ojos a la luz del día tan sólo para poder afirmar que el sol no ofrece rastro alguno de sí. ¡Qué inexpresablemente desgraciadas me parecían estas personas! ¡Quién habría podido crear un infierno para empeorar su estado!

Esta disposición anímica permaneció en mí, un día tras otro, a lo largo de diez años. Perduró a través de muchas pruebas, también en el doloroso trance del fallecimiento de r- ni amada madre. Tenía la suficiente franqueza como p ira en esta ocasión no ocultar mi apacible disposición anímica a personas piadosas, pero enteramente escolares y doctrinarias, y por ello tuve que soportar algunas amistosas reprimendas. Estas personas querían hacerme comprender a tiempo qué celo hay que emplear para, en los días de salud, colocar un sólido fundamento.

Por falta de celo no había de quedar. Me dejé convencer por el momento y con gusto habría estado triste y llena de horror por mi vida. Pero qué maravillada me quedé cuando me di cuenta de una vez por todas que no era posible. Cuando pensaba en Dios estaba serena y satisfecha; y tampoco en el dolorosísimo trance del fin de mi amada madre quedé horrorizada ante la muerte. Sin embargo, en estos momentos decisivos aprendí muchas cosas y muy diferentes de las que creían enseñarte esos maestros que habían

acudido sin ser llamados.

Poco a toco comencé a dudar de las opiniones de tales individuos, por muy famosos que fueran, y en silencio conservaba mis convicciones. Cierta amiga, a la que al principio había otorgado demasiada confianza, siempre quería entremezclarse en mis asuntos; también me vi obligada a deshacerme de ella y en cierta ocasión le dije totalmente resuelta que dejara de tomarse la molestia, que no necesitaba su consejo; yo conocía a mi Dios y sólo a Él quería tener por guía. Se sintió muy ofendida y creo que nunca me lo ha perdonado del todo.

Esta decisión de rehuir los consejos y la influencia de mis amigos en asuntos espirituales, tuvo la consecuencia de que también en las relaciones externas me animara a seguir mi propio camino. Sin la ayuda de mi guía fiel e invisible podría haberme malogrado, y aún me sorprendo de esta sabia y feliz dirección. Nadie sabía realmente qué es lo que me sucedía, ni yo misma.

La cosa, la aún no aclarada cosa mala, que nos separa del ser al que debemos la vida, del ser del cual tiene que alimentarse todo aquello que debe ser llamado vida, la cosa a la que se llama pecado, me era totalmente desconocida.

En el trato con el amigo invisible sentía yo el más dulce deleite de todas mis fuerzas vitales. El anhelo de disfrutar siempre de esta felicidad era tan grande, que con gusto prescindía de lo que estorbaba este trato, y en ello la experiencia era mi mejor maestra. Pero me sucedía como a los enfermos que carecen de medicinas y buscan ayuda en la dieta. Hace algo, pero a la larga no es suficiente.

No podía permanecer siempre en soledad, a pesar de que en ella encontraba el mejor remedio contra esa dispersión del pensamiento que me era tan propia. Cuanto más presa era de la agitación, tanta mayor impresión causaba en mí. Mi auténtica ventaja consistía en que en mí dominaba el amor al silencio y al final siempre acababa regresando a él. Como en una especie de crepúsculo, reconocía mi miseria y mi debilidad, y yo buscaba ayuda cuidándome, no exponiéndome a ningún peligro.

Puse en práctica mi cautela dietética a largo de siete años. No me consideraba mala y encontraba mi estado digno de ser deseado. Si no se hubieran producido una serie de extraordinarias circunstancias y relaciones, me habría quedado estancada en este nivel, y sólo seguí adelante por un camino peculiar. Contra el consejo de todos mis amigos entablé una nueva relación. Al comienzo me desconcertaron sus objeciones. Pero de inmediato me dirigí a mi guía invisible, y como El me lo permitiera, continué mi camino sin vacilar.

Un hombre de espíritu, corazón y talento se había afincado en nuestra vecindad. Entre los extranjeros que yo conocía también se encontraban él y su familia. Coincidíamos mucho en nuestras costumbres, economías domésticas *y* hábitos, *y* fue por eso que pronto pudimos entablar amistad.

Philo, así deseo llamarlo, era un hombre de cierta edad, y en algunos negocios le era de gran ayuda a mi padre, cuyas fuerzas ya comenzaban a declinar. Fue pronto amigo íntimo de nuestra casa, y como él, según decía, encontró en mí una persona que no tenía ni la extravagancia y vacuidad del gran mundo, ni la sequedad y el recelo de la paz campestre, fuimos pronto amigos de toda confianza. Me resultaba muy agradable y muy útil.

A pesar de no tener ni la más mínima disposición ni inclinación a mezclarme en los negocios mundanos, ni buscar influencia alguna, me gustaba oír hablar de ello *y* me

Librodot

agradaba saber lo que sucedía cerca *y* lejos. Sobre los asuntos mundanos me gustaba tener una claridad impasible; el sentimiento, la ternura, el afecto, los reservaba para mi Dios, para mis familiares y para mis amigos.

Estos últimos, si se me permite expresarlo de este modo, estaban celosos de mi nueva relación con Philo y, desde más de un punto de vista, tenían razón cuando me advertían a este respecto. Yo sufría mucho en silencio, pues no podía considerar sus objeciones enteramente vacías o interesadas. Estaba acostumbrada desde siempre a subordinar mis ideas, pero esta vez, sin embargo, no quería ceder en mi convicción. Imploré a mi Dios para que también en esta situación me aleccionase, me detuviese, me guiase, pero como mi corazón no me disuadía, proseguí confiada mi senda.

Philo, tomado en conjunto, se parecía remotamente a Narciso, sólo que una educación piadosa había vivificado y había dado mayor coherencia a su ánimo. Tenía menos vanidad, más carácter, y si en los negocios mundanos aquél era sutil, exacto, persistente e infatigable, éste era claro, agudo, rápido y trabajaba con una increíble ligereza. Gracias a Philo tuve noticia de las relaciones más íntimas de casi todas las personas prominentes, cuya fachada exterior había conocido en sociedad, y yo estaba contenta de ver el tumulto desde mi atalaya, a lo lejos. Philo no podía disimular conmigo: poco a poco me confió sus relaciones externas e íntimas. Temía por él, pues preveía ciertas circunstancias y complicaciones, y el mal llegó más rápidamente de lo que ya había supuesto. Pues siempre había guardado para sí ciertas confesiones, e incluso al final sólo me descubrió lo suficiente como para que pudiera suponer lo peor.

¡Qué efecto tuvo esto en mi corazón! Viví experiencias que me resultaban totalmente nuevas. Veía con indescriptible tristeza a un Agatón, que, educado en los bosques de Delfos, aún adeudaba el precio de la lección y lo saldaba con fuertes intereses de demora; y este Agatón era mi amigo más próximo. Mi complicidad era viva *y* completa; sufría con él *y* ambos nos encontrábamos en el más extraño estado.

Después de que me hube ocupado largo tiempo de la disposición de su ánimo, se dirigió mi reflexión a mí misma. El pensamiento: «Tú no eres mejor que él», crecía como una pequeña nube ante mí, se ensanchaba poco a poco y oscurecía toda mi alma.

Ya no me limitaba meramente a pensar: «Tú no eres mejor que él»; lo sentía, y lo sentía de tal manera que no quería volver a sentirlo. Y no se trató de un rápido tránsito. Más de un año tuve que sentir que, si una mano invisible no me hubiera trabado, habría podido ser un Girard, un Cartouche, un Damien, o cualquier otro ser monstruoso que se quiera nombrar: sentía claramente en mi corazón la predisposición, el germen de ello. ¡Dios, qué descubrimiento!

Si hasta ese momento ni siquiera de la forma más queda podía notar en mí, por experiencia, la realidad del pecado, ahora se me había puesto en claro de la manera más horrenda el presentimiento de la posibilidad del mismo, y, sin embargo, no conocía el mal, sólo lo temía; sentía que podía ser culpable y no tenía nada de qué acusarme.

Aunque estaba profundamente convencida de que una disposición espiritual como tenía que reconocer que era la mía no era apta para la reunificación con el Ser Supremo, que yo esperaba tras la muerte, no temía con todo caer en una separación semejante. A pesar de todo lo malo que descubría en mí, amaba al Ser Supremo y odiaba lo que sentía, más aun, deseaba odiarlo con mayor rigor *y* celo, *y* todo mi deseo era redimirme de esta enfermedad y de esta predisposición a la enfermedad; y estaba segura de que el gran médico no habría de negarme su ayuda.

La única pregunta era: ¿qué sana estos males?, ¿los ejercicios de virtud? En ellos ni tan siquiera podía pensar, pues a lo largo de diez años no había hecho otra cosa que ejercitar la virtud y a pesar de ello las atrocidades que ahora descubría habían quedado profundamente ocultas en mi alma. ¿No podrían haber estallado, como le sucedió a David al ver a Betsabé, y no era éste también un amigo de Dios, y no estaba yo convencida en lo más íntimo de que Dios era mi amigo?

¿Se trataba de una inevitable debilidad de la humanidad? ¿Tendríamos, pues, que aguantar con el hecho de que sólo de vez en cuando tenemos la sensación de dominar nuestras inclinaciones, y que a pesar de nuestra mejor voluntad no nos resta otra posibilidad que detestar la caída para en circunstancias semejantes volver a caer?

De la moral no podía extraer ningún consuelo. No me eran suficientes ni su carácter estricto, con el que quiere dominar nuestras inclinaciones, ni su condescendencia, con la que busca convertir nuestras inclinaciones en virtudes. Los conceptos fundamentales que el trato con el amigo invisible me había infundido, tenían para mí un valor mucho más decisivo.

Mientras estudiaba los salmos que David había compuesto después de aquella odiosa catástrofe, me llamó mucho la atención que el mal que habitaba en él lo viera ya en la materia de la que estaba hecho y que, sin embargo, quisiera purificarse del pecado y clamara de la forma más apremiante por un corazón puro.

¿Mas cómo llegar a ello? Yo conocía bien la respuesta que ofrecen los libros simbólicos; me resultaba también una verdad bíblica que la sangre de Jesucristo nos purifica de todos los pecados. Ahora bien, me di cuenta por vez primera que no había entendido nunca esa sentencia tan a menudo repetida. Las preguntas: ¿qué significa esto?, ¿cómo sucede?, me removían día y noche. Finalmente, creí vislumbrar que aquello que yo buscaba había que buscarlo en la encarnación del Verbo divino, por la cual todo y también nosotros ha sido creado. Que el ser absolutamente primigenio había habitado antaño en las profundidades en las que estamos, que él abarca y penetra con su mirada, recorrido gradualmente, desde la concepción y el nacimiento hasta la sepultura, por nuestra condición; y que él, mediante este extraño rodeo, ha vuelto a elevarse a las luminosas alturas donde nosotros también tendríamos que vivir para ser felices: esto es lo que se me reveló, envuelto en una crepuscular lejanía.

¡Oh! ¿Por qué para hablar de tales cosas tenemos que utilizar imágenes que sólo denotan estados externos? ¿Dónde están para él lo alto o lo profundo, la oscuridad o la claridad? Sólo nosotros tenemos un arriba *y* un abajo, un día *y* una noche. Y precisamente por ello se hizo él semejante a nosotros, pues de lo contrario no habríamos podido participar de él.

¿Pero cómo podemos participar de este incalculable beneficio? Mediante la fe, nos responden las *Escrituras.* ¿Qué es, pues, la fe? Tener por verdadero el relato de un acontecimiento, ¿en qué puede ayudarme esto? Tengo que poder apropiarme sus efectos, sus consecuencias. Esta fe apropiadora tiene que ser un estado propio, inhabitual en el hombre natural, del ánimo.

«Así pues, Todopoderoso, dame fe», suplicaba yo antaño con el corazón lleno de congoja. Yo estaba reclinada sobre una pequeña mesa, en la que estaba sentada, y ocultaba entre mis manos mi rostro bañado en lágrimas. Me encontraba en la situación en la que se debe estar para que Dios preste atención a nuestras oraciones, y en la que raramente se está.

Sí, ¡quién podría siquiera describir lo que sentía en esos momentos! Un tirón llevaba mi alma hacia la cruz en la que Jesús había expirado; se trataba de un tirón, no puedo llamarlo de otra manera, totalmente semejante a aquel mediante el cual nuestra alma es conducida a un amado ausente, un aproximarse que presumiblemente es mucho más esencial y verdadero de lo que sospechamos. Así se aproximaba mi alma al que se había encarnado y muerto en la cruz, y al instante supe lo que era la fe.

«¡Esto es la fe!», dije, y di un salto como medio asustada. Buscaba estar cierta de mi sensación, de mi intuición, y al poco tiempo estaba convencida de que mi espíritu había alcanzado una capacidad de alzar el vuelo que le era totalmente nueva.

Cuando suceden estas sensaciones nos abandonan las palabras. Podía distinguirlas con toda claridad de cualquier fantasía; no había fantasía alguna en ellas, ninguna imagen, y sin embargo ofrecían exactamente la misma certeza del objeto al que se referían que la que ofrece la imaginación cuando nos pinta los rasgos de un amado ausente.

Cuando hubo pasado el primer arrebato, me di cuenta de que este estado del alma ya me era conocido de antes; pero nunca lo había sentido con tal intensidad. Nunca lo había conservado, nunca había podido hacerlo mío. Creo que, en general, todas las almas humanas han sentido algo de ello en una u otra ocasión. Sin lugar a dudas *Él* es esto, lo que a cada cual enseña que existe un Dios.

Hasta el momento yo había estado muy satisfecha con esa fuerza que desde antiguo me asaltaba de tiempo en tiempo, y de no ser porque un extraño destino me hacía volver a experimentar desde entonces el inesperado tormento, de no haber ido mi poder y mi capital más allá de todo crédito, quizá habría permanecido siempre satisfecha con aquel estado.

Ahora bien, desde aquel maravilloso instante yo había recibido alas. Podía volar por encima de aquello que antes me amenazaba, al igual que un pájaro sobrevuela sin esfuerzo, cantando, la corriente más impetuosa, ante la que el perro se detiene ladrando temeroso.

Mi alegría era indescriptible, y aunque no descubrí nada de ello a nadie, mis familiares notaban sin embargo en mí una inusual serenidad, sin que pudieran explicarse cuál era la causa de mi satisfacción. ¡Si hubiera permanecido siempre en silencio y hubiera buscado mantener en mi alma aquel sentimiento puro! ¡Si no me hubiera dejado conducir por una serie de circunstancias a poner a la vista mi secreto! Podría haberme ahorrado entonces un gran rodeo.

Puesto que en mis precedentes diez años de cristianismo esta fuerza necesaria no habitaba mi alma, me encontraba entonces también en el mismo caso que otras personas de buena fe. Me ayudaba llenando mi fantasía con imágenes que guardaban alguna relación con Dios, lo cual también resulta verdaderamente útil, pues así se mantienen a distancia las imágenes dañinas y sus perversas consecuencias. A continuación, una u otra de estas imágenes religiosas conmueve nuestra alma, que, entonces, se agita un poco hacia las alturas, al igual que un pájaro joven aletea de rama en rama. Mientras no se tenga nada mejor, este ejercicio en modo alguno es del todo rechazable.

Las instituciones eclesiásticas, campanas, órganos y cánticos, y muy especialmente los sermones de nuestros maestros, buscan proporcionarnos tales imágenes e impresiones que apuntan a Dios. De ellas estaba yo indeciblemente deseosa. Ninguna tormenta, ninguna debilidad corporal, me impedía visitar las iglesias, y sólo el repique dominical de

Librodot

las campanas me causaba alguna impaciencia en mi lecho de enferma. Escuchaba con gran afición a nuestro predicador, que era un hombre excelente; también apreciaba a sus colegas y sabía entresacar la manzana dorada de la palabra de Dios, a partir de la corteza arcillosa, de entre las frutas comunes. A estos ejercicios públicos se añadían todos los ejercicios posibles de edificación privada, como suele llamárselos, pero también con ellos se alimenta sólo la fantasía y una más sutil sensibilidad. Estaba tan acostumbrada a esta andadura, la respetaba tanto, que tampoco ahora se me ocurría que pudiera haber algo más elevado. Pues mi alma sólo tiene tentáculos, no ojos; sólo palpa y no ve. ¡Ojalá tuviera ojos y pudiera ver!

También ahora acudía anhelosa a los sermones. ¡Mas, ay, qué me pasaba! Ya no encontraba lo que antes había encontrado. Estos predicadores se desmochaban los dientes con las cáscaras, mientras que yo disfrutaba el fruto. Pronto me cansé de ellos. Estaba, en efecto, demasiado acostumbrada a atenerme sólo a aquello que yo podía encontrar. Deseaba tener imágenes, necesitaba impresiones externas y creía sentir una necesidad pura y espiritual.

Los padres de Philo habían estado en relación con la comunidad de hermanos moravos; en su biblioteca aún se encontraban muchos escritos del conde. En alguna ocasión él me había hablado muy clara y muy razonablemente de ello y me había rogado que ojeara algunos de estos escritos, aunque sólo fuera para conocer un fenómeno psicológico. Yo consideraba al conde un hereje totalmente maligno; y, así, me olvidé también del misal de Ebersdorf, que mi amigo, con intención análoga, me había instado a aceptar, por así decirlo.

Careciendo totalmente de cualquier estímulo externo eché mano como por azar del mencionado misal y para mi sorpresa encontré en él auténticos salmos, que, ciertamente bajo formas muy extrañas, parecían referirse a aquello que yo sentía; también me atrajo la originalidad y la ingenuidad de la expresión. Las sensaciones propias parecían estar expresadas de un modo propio; ninguna terminología escolar me recordaba algo envarado o común. Me convencí de que había gente que sentía lo que yo sentía, y me sentí muy feliz memorizando aquellos versículos y abandonándome algunos días a ellos.

Desde el instante en el que me fue regalada la verdad se me evaporaron de este modo aproximadamente tres meses. Finalmente, tomé la decisión de descubrírselo todo a mi amigo Philo y pedirle que me informara sobre aquellos escritos, que ahora despertaban en mí una curiosidad desmedida. Y, en efecto, así lo hice realmente, sin percatarme de que algo en el corazón me lo desaconsejaba seriamente.

Le conté a Philo toda la historia detalladamente, y puesto que él mismo representaba en ella un personaje principal, y mi narración también encerraba para él la más severa exhortación a la penitencia, se sintió extremadamente concernido y sacudido. Se deshizo en llanto. Me alegré y creí que también en él se había producido una completa transformación.

Me abasteció con todos los escritos que yo deseara, y tuve, pues, alimento de más para mi imaginación. Hacía grandes progresos en la forma zinzendorfiana de pensar y de hablar. No se crea que en la actualidad no sé apreciar la forma de ser del conde; con gusto le hago justicia: no es un hombre extravagante y vacío, dice grandes verdades, la mayoría de las veces con atrevidos vuelos de la imaginación, y los que lo denostaron no supieron ni valorar ni percibir sus cualidades.

Se ganó mi más indescriptible amor. Si hubiera sido dueña de mí misma, habría

abandonado patria y amigos y lo habría seguido. Indefectiblemente, nos habríamos entendido y difícilmente nos hubiéramos soportado largo tiempo.

¡Gracias le sean dadas a mi Genio, que por aquel entonces me mantuvo tan limitada a mi ámbito domestico! Ir tan sólo al jardín de la casa era ya un gran viaje. El cuidado de mi anciano y débil padre me daba suficiente trabajo y en los momentos de recreo la noble fantasía era mi pasatiempo. El único ser humano al que veía era Philo, al que mi padre estimaba mucho. Sin embargo, debido a las últimas explicaciones, la sincera relación conmigo se había deteriorado en alguna medida. La emoción no había penetrado en él profundamente, y como no tuvo éxito en algunos intentos de hablar mi lenguaje, evitaba esta materia, tanto más fácilmente cuanto que gracias a sus amplios conocimientos siempre sabía introducir nuevos temas de conversación.

Así pues, yo era una hermana morava por mi propia cuenta, y tenía que ocultar este nuevo giro de mi ánimo y de mis inclinaciones, especialmente ante el primer predicador de la Corte, al cual, en su calidad de director espiritual mío, tenía muchos motivos para apreciar, y cuyos muchos meritos no habían mermado a mis ojos a pesar de su extrema animadversión contra la comunidad de los hermanos moravos. Desgraciadamente, este digno hombre tuvo que sufrir muchas tribulaciones por mi causa y por la de otros muchos. Hacía ya varios años que el primer predicador de la Corte conocía a un caballero honrado *y* piadoso *y* mantenía con él, en calidad del alguien que busca a Dios con celo, una correspondencia ininterrumpida. ¡Qué doloroso tuvo que ser para el director espiritual, cuando este caballero se pasó a las filas de la comunidad de hermanos moravos y estuvo largo tiempo entre ellos! ¡Qué grato, sin embargo, cuando su amigo se enemistó con los hermanos, se decidió a vivir en su proximidad y pareció abandonarse de nuevo enteramente a su dirección!

El recién llegado fue presentado a todas las ovejitas del pastor, especialmente a las más queridas, por así decirlo, como si fuera un triunfo. Solamente en nuestra casa no fue presentado, porque mi padre ya no acostumbraba a recibir a nadie. El caballero encontró gran aprobación; poseía los buenos modales de la Corte y el atractivo de la Comunidad, así como otros muchos bellos *y* naturales atributos *y* pronto se convirtió en un gran santo para todos aquellos que lo conocían, de lo cual se alegraba extremadamente su director espiritual. Desgraciadamente, sólo se había enemistado con la Comunidad por motivos externos y en su corazón seguía siendo todo un hermano moravo. Él estaba verdaderamente apegado a la realidad de la cosa; pero también le venía a la medida la parafernalia que el conde había construido en torno a ella. Estaba acostumbrado a aquellas formas de representación y a aquellas maneras de hablar, y si bien ahora se tenía que ocultar cuidadosamente ante sus antiguos amigos, justo por esto mismo, tan pronto como divisaba a su alrededor un grupo de personas de confianza, le era tanto más necesario regresar a sus versículos, letanías e imágenes, y encontraba, como puede suponerse, gran aprobación.

Yo no sabía nada del asunto y seguía jugueteando a mi manera. Estuvimos mucho tiempo sin trabar conocimiento.

Entonces, en unas horas libres, visité a una amiga enferma. Me encontré con varios conocidos y pronto me di cuenta de que mi presencia estorbaba la conversación. No dejé que se me notara nada, pero observé, para mi gran asombro, que de la pared colgaban algunos cuadros moravos graciosamente enmarcados. Rápidamente me di cuenta de lo que había sucedido en el tiempo que yo no había estado en esa casa, y di la bienvenida a

este nuevo fenómeno con algunos versos adecuados.

Piénsese la sorpresa de mi amiga. Nos explicamos y en ese mismo instante quedamos de acuerdo y en confianza.

Busqué entonces más a menudo ocasiones para salir. Desgraciadamente, sólo las encontraba cada tres o cuatro semanas; conocí al noble apóstol y, poco a poco, a toda la Comunidad secreta. Visitaba, cuando podía, sus reuniones y, dado mi carácter sociable, me era infinitamente grato escuchar de otros y comunicar a otros aquello que hasta el momento sólo había elaborado en mí y conmigo misma.

No estaba yo tan embargada como para no darme cuenta de que sólo unos pocos sentían el significado de aquellas sutiles palabras *y* expresiones, *y* de que tampoco se veían más alentados por ellas de lo que antes lo habían estado por el lenguaje simbólico eclesiástico. No obstante, seguía con ellos y no me dejaba engañar. Pensaba que no había sido elegida para investigar y examinar los corazones. Sin embargo, gracias a algunos inocentes ejercicios estaba preparada para algo mejor. Yo escamoteaba mi parte: cuando hablaba, insistía en el sentido, que a propósito de objetos tan sutiles las palabras antes ocultan que manifiestan, y con tranquila afabilidad dejaba a cada cual a su suerte.

A estos tranquilos tiempos de secreto disfrute social siguieron pronto las tormentas de las discusiones y contrariedades públicas, que produjeron gran agitación en la Corte y en la ciudad, incluso, casi podría decirse, algún escándalo. Llegó el momento en el que nuestro primer predicador de la Corte, ese gran enemigo de la Comunidad de hermanos moravos, tuvo que descubrir, para su santa humillación, que sus mejores y en otras ocasiones más devotos oyentes se inclinaban en conjunto del lado de la Comunidad. Se puso enfermo, en los primeros momentos perdió toda moderación y a continuación, incluso aunque hubiera querido, no pudo retroceder. Hubo violentos debates, en los que por suerte no fui mencionada, puesto que yo sólo era un miembro ocasional de tan odiada Asamblea, y porque nuestro celoso guía no podía prescindir ni de mi padre ni de mi amigo en asuntos civiles. Mantuve mi neutralidad con tranquilo sosiego, pues me resultaba ingrato conversar de tales sensaciones y temas incluso con personas de buena voluntad, si ellas no podían aprehender su sentido más profundo y sólo permanecían en la superficie. Más aun, me parecía inútil, incluso pernicioso, discutir con adversarios sobre aquello de lo que uno apenas si consigue entenderse con los amigos. Pues pronto pude darme cuenta que personas afectuosas y nobles, que en este caso no podían mantener su corazón libre de aversión y odio, muy pronto se pasaban al bando de la injusticia y por defender una formalidad externa casi destruían lo mejor de su interioridad.

Por mucho que aquel hombre digno hubiera sido injusto en este caso, y por mucho que se trató de que me enojara contra él, nunca pude rehusarle un cordial respeto. Lo conocía bien, podía ponerme equitativamente en el punto de vista desde el cual él consideraba estos asuntos. Nunca había visto a ningún ser humano que no tuviera alguna debilidad; sólo que ésta resulta más llamativa en los hombres superiores. Pero deseamos y queremos de una vez por todas que aquellos que son tan privilegiados, no paguen tampoco absolutamente ningún tributo, ningún impuesto. Yo lo respetaba como a un hombre superior y confiaba en utilizar la influencia de mi tranquila neutralidad, si no para conseguir la paz, sí al menos para lograr una tregua. No sé lo que tendría que haber hecho; Dios captó el asunto con mayor rapidez y lo acogió en su seno. Todos aquellos que poco antes habían disputado con él por unas palabras lloraron sobre su féretro. Nadie dudó jamás ni de su rectitud ni de su temor de Dios.

Por este tiempo tuve también que dejarme de niñerías, las cuales, debido a estas discusiones, se me habían mostrado, en cierta medida, bajo otra luz. Mi tío había llevado a cabo silenciosamente sus planes para mi hermana. Le presentó como novio suyo a un joven de buena posición y buen capital y la exhibió con un rico ajuar, tal y como cabía esperar de él. Mi padre lo aprobó con alegría. Mi hermana era libre y estaba preparada y cambió con placer de estado. La boda se celebró en el castillo del tío, estaba invitada la familia y los amigos y todos acudimos con ánimo festivo.

Por vez primera en mi vida me produjo admiración la entrada en una casa. Había oído hablar con frecuencia del gusto de mi tío, de su arquitecto italiano, de sus colecciones y de su biblioteca. Pero yo comparaba esto con lo que ya había visto y me hacía de ello, en mi pensamiento, una imagen abigarrada. Qué maravillada quedé ante la solemne y armónica impresión que sentí al entrar en la casa, *y* que se reforzó en cada sala *y* en cada cuarto. Si hasta entonces la pompa y el ornamento sólo me habían dispersado, aquí me sentía recogida y reconducida a mí misma. En todas las disposiciones tomadas con vistas a las celebraciones y las fiestas, la solemnidad y la dignidad producían también un tranquilo sentimiento, y tan inconcebible me resultaba que un solo hombre hubiera podido idear y ordenar todo aquello, como que varios hubieran podido coordinarse para cooperar en la obtención de un sentido tan grande. Y a pesar de todo ello, el dueño de la casa y los suyos parecían tan naturales, que no era posible percibir ni el menor rastro de rigidez o de vacuo ceremonial.

El mismo enlace nupcial se celebró inesperadamente y de una manera entrañable; nos sorprendió una excelente música vocal y el sacerdote supo dar a la ceremonia toda la solemnidad de la verdad. Estaba junto a Philo y, en vez de felicitarme, me dijo con un profundo suspiro: «Cuando vi a tu hermana dar su mano, fue como si me hubieran regado con agua hirviendo». «¿Por qué?», le pregunté. «Siempre me sucede lo mismo cuando presencio una cópula», me replicó. Me reí de él, pero después he tenido que pensar muy a menudo en sus palabras.

La alegría de los asistentes, entre los que había mucha gente joven, era muy brillante, mientras que todo lo que nos rodeaba era digno y grave. Los enseres de la casa, la vajilla, el servicio y los centros de mesa estaban conjuntados con el todo, y si en otras ocasiones el arquitecto y los pasteleros parecen haber ido a la misma escuela, aquí parecía que el pastelero y el servicio de mesa habían aprendido del arquitecto.

Dado que íbamos a pasar juntos varios días, el ingenioso y juicioso dueño de la casa se había preocupado de procurar a los presentes diversos entretenimientos. No repetí aquí la triste experiencia, que tan a menudo he sufrido a lo largo de mi vida, de lo mal que se siente un grupo de individuos grande y variado, que, abandonado a su suerte, tiene que acudir a los pasatiempos más vulgares y más insípidos, de suerte que son más bien los buenos sujetos que los malos los que sienten la falta de distracción.

Mi tío había organizado las cosas de forma muy diferente. Había mandado buscar dos o tres mariscales, si así puedo llamarlos. Uno de ellos tenía que estar al tanto de los placeres de la juventud: inventaba bailes, paseos y pequeños juegos que quedaban bajo su dirección, y como a la gente joven le gusta vivir al aire libre y no teme sus efectos, se había puesto a su disposición el jardín y el gran salón anexo, junto al cual aún se habían construido para este fin algunas galerías y pabellones, ciertamente sólo de tablones y lonas, pero de tan nobles proporciones, que ante ellos sólo se podía pensar en piedra y mármol.

Librodot

¡Qué rara es una *fête* en la que aquel que ha convocado a los huéspedes siente también el deber de preocuparse de todas las maneras de sus necesidades y comodidades!

Para las personas de más edad se habían preparado partidas de caza y de juegos, breves paseos, ocasiones para confiadas *y* solitarias conversaciones, *y* aquel que se iba a la cama temprano también estaba seguro de alojarse totalmente alejado del ruido.

Gracias a este buen orden, el espacio en el que nos encontrábamos parecía un pequeño mundo y, sin embargo, visto más de cerca, el castillo no era grande, y sin el exacto conocimiento del mismo y sin el espíritu del dueño de la casa, difícilmente se habría podido alojar a tanta gente, ni haber agasajado a todos según su gusto.

Tan agradable nos resulta el espectáculo de un ser humano bien formado, como una organización en la que es perceptible la presencia de un ser racional e inteligente. Entrar en una casa clara y nítida es ya un placer, aunque esté construida y adornada sin gusto, pues nos muestra la presencia, al menos, de una parte de un hombre educado. ¡Qué doblemente agradable, pues, nos será cuando a partir de una vivienda humana nos habla el espíritu de una cultura más elevada, aunque sólo sea sensual!

Todo esto se me hizo evidente con mucha viveza en el castillo de mi tío. Yo había escuchado y leído mucho sobre arte. El mismo Philo era un gran aficionado a las pinturas y tenía una bella colección; y yo misma también había dibujado mucho. Pero, por un lado, estaba demasiado ocupada con mis sensaciones, y sólo intentaba aclarar lo único que es necesario; y, por otro, todas las cosas que había visto me dispersaban, al igual que los restantes asuntos mundanos. Sin embargo, por vez primera, algo exterior me reconducía a mí misma y, para mi gran asombro, aprendía la diferencia entre el canto natural, insuperable, del ruiseñor y un aleluya a cuatro voces salido de gargantas humanas de llenas de sentimiento.

La alegría que me producía esta nueva intuición no se la oculté a mi tío, el cual, cuando todos los demás se retiraban a sus aposentos, acostumbraba a conversar conmigo. Hablaba con gran modestia de aquello que poseía *y* había producido, *y* con gran seguridad del criterio con el que lo había coleccionado *y* expuesto; *y,* ciertamente, pude darme cuenta de que hablaba conmigo con la debida precaución, pues, de acuerdo con su viejo estilo, parecía subordinar lo bueno de lo que creía ser señor y maestro a aquello que, según mi convicción, era lo justo y lo mejor.

«Si nosotros», dijo en cierta ocasión, «pudiéramos pensar como posible que el Creador del mundo hubiera adoptado la forma de su criatura y a su modo y manera hubiera estado un tiempo en el mundo, entonces esta creación tendría que aparecer ya como infinitamente perfecta, puesto que el Creador podría unificarse muy íntimamente con ella. Así pues, en el concepto de hombre no puede haber contradicción alguna con el concepto de divinidad; y si nosotros también sentimos a menudo una cierta desemejanza y alejamiento frente a ella, justo por ello es tanto más nuestra obligación no mirar siempre, como el abogado del espíritu malo, a las flaquezas y debilidades de nuestra naturaleza, sino más bien buscar todas aquellas perfecciones mediante las cuales podemos ratificar las pretensiones de nuestra similitud con Dios».

Yo reí y le repliqué: «¡No me humille usted tanto, querido tío, con la amabilidad de hablar en mi lenguaje!. Lo que usted tiene que decirme es de tanta importancia para mí, que desearía escucharlo en el lenguaje que le es más propio y a continuación intentaré traducir lo que de él no pueda apropiarme del todo».

«Proseguiré a mi manera», dijo, «sin cambiar de registro. Ciertamente, el mayor

mérito del hombre sigue siendo determinar las circunstancias tanto como le sea posible y dejarse determinar por ellas lo menos que le sea posible. Todo el ser del mundo reside ante nosotros, al igual que una cantera está delante del arquitecto, el cual sólo merece este nombre cuando a partir de esta fortuita masa de naturaleza plasma, con la mayor economía, utilidad y solidez, una imagen originaria surgida en su espíritu. Todo lo que está fuera de nosotros es sólo elemento, más aun, me atrevo a decir, también todo lo que está en nosotros. Pero en lo más profundo de nosotros se encuentra esa fuerza creadora que nos permite producir aquello que debe ser, y que no nos deja parar ni descansar hasta que la plasmamos fuera de nosotros o en nosotros, de una u otra manera. Usted, querida sobrina, ha escogido quizá la mejor parte; ha buscado hacer coincidir consigo misma y con el ser supremo su ser moral, su profunda y amorosa naturaleza, pero nosotros, los demás, tampoco merecemos censura cuando buscamos conocer al hombre sensible en toda su extensión y llevarlo activamente a su unidad».

Gracias a estas conversaciones fuimos ganando poco a poco en confianza y obtuve de él que me hablara sin condescendencia, como consigo mismo. «No crea usted», me dijo mi tío, «que la lisonjeo cuando alabo su forma de pensar y de actuar. Admiro al individuo que sabe lo que quiere, avanza sin cesar, conoce los medios para su fin *y* sabe agarrarlos *y* utilizarlos; en qué medida su fin es grande o pequeño, digno de alabanza o de censura: esto sólo lo tomo en consideración en un segundo momento de la reflexión. Créame usted, querida mía, la mayor parte de las desgracias del mundo y de aquello que se llama mal, surgen simplemente porque los seres humanos descuidan en exceso el recto conocimiento de sus fines y porque cuando los conocen no trabajan con ahínco y seriedad por ellos. Se me aparecen como individuos que tienen el concepto de que se puede *y* se debe construir una torre *y* que, sin embargo, no emplean en los cimientos más piedras y trabajo del que en todo caso se necesita para construir una cabaña. Si usted, mi querida amiga, cuya máxima exigencia era alcanzar claridad a propósito de su naturaleza moral íntima, en lugar de los grandes y audaces sacrificios se las hubiera apañado entre su familia, un novio y quizá un esposo, habría vivido en una eterna contradicción consigo misma y nunca habría podido disfrutar ni un instante de sosiego».

«Emplea usted», le repliqué, «la palabra sacrificio y yo he pensado en ocasiones que ofrecemos en holocausto lo de menos importancia, aunque nos toque el corazón, en aras de un propósito superior, por así decirlo, como a una divinidad, al igual que uno conduciría gustosa y libremente al altar a un cordero muy querido en beneficio de la salud de un venerado padre».

«Sea lo que sea», replicó, «sea el entendimiento o el sentimiento lo que nos hace entregar lo uno a cambio de lo otro, escoger una cosa antes que otra, la decisión y su resultado son, de acuerdo con mi opinión, lo más digno de alabanza que hay en los seres humanos. ¡No se puede tener al mismo tiempo la mercancía y el dinero!, y les va igual de mal, tanto al que se le antoja la mercancía pero no tiene valor para sacrificar el dinero, como al que se arrepiente de la compra cuando tiene la mercancía en las manos. Pero me encuentro muy lejos de censurar a los seres humanos por esto, pues ellos no son realmente los culpables, sino la enredada situación en la que se encuentran y en la que no saben gobernarse. Así, por ejemplo, usted encontrará por término medio menos hosteleros malos en el campo que en las ciudades, y en las ciudades pequeñas menos que en las grandes. ¿Por qué? El ser humano ha nacido para una posición limitada, puede discernir fines sencillos, próximos, determinados, y se habitúa a utilizar los medios que,

Librodot

por así decirlo, están a su mano. Pero tan pronto como sale al vasto mundo no sabe ni lo que desea ni lo que debe, y es exactamente lo mismo tanto si se dispersa entre la multitud de objetos como si por la elevación y dignidad de los mismos se pone fuera de sí. Siempre acaba labrándose su infelicidad cuando se ve inclinado a aspirar a algo con lo que no puede unirse mediante una actividad regular de sí mismo».

«Verdaderamente», continuó, «sin celo y seriedad nada es posible en el mundo y entre aquellos a los que llamamos hombres con formación, realmente cabe encontrar muy poca seriedad. Se ponen manos a la obra al trabajo, aunque más bien habría que decir contra el trabajo, contra el trabajo y los negocios, contra las artes, incluso contra las distracciones, sólo como una especie de autodefensa. Se vive como quien lee un legajo de boletines, sólo para desembarazarse de ellos. Y a este respecto me acuerdo de aquel joven inglés que visitaba Roma y que por la noche contaba muy satisfecho en una tertulia que ese mismo día se había despachado seis iglesias *y* dos galerías. Se desean saber *y* conocer muchas cosas, y precisamente aquello que menos incumbe a uno, y uno no se da cuenta de que el hambre no se calma respirando aire. Cuando conozco a una persona pregunto de inmediato: ¿en qué se ocupa?, ¿cómo *y* con qué consecuencias?, *y* con la respuesta a estas preguntas queda también decidido de por vida mi interés por ella».

«Quizá sea usted, querido tío, excesivamente estricto, y prive a algunos buenos hombres, a los que podría serles útil, de su auxiliadora mano», le contesté.

«¿Hay que agradecérselo», respondió, «al que tanto tiempo ha trabajado en vano junto a ellos y por ellos? ¡Cuánto tiene uno que soportar en la juventud de hombres que creen invitarnos a una agradable fiesta cuando prometen llevarnos en compañía de las Danaides o de Sísifo! Gracias a Dios, me he desembarazado de ellos y cuando por desgracia alguno se acerca a mi círculo, intento expulsarlo del modo más cortés: pues precisamente de estas personas se escuchan las más amargas quejas sobre la desquiciada marcha del comercio mundial, la esterilidad de las ciencias, la frivolidad de los artistas, la vacuidad de los poetas y todo lo que se quiera añadir. No piensan ni por asomo que justamente ellos mismos, y la muchedumbre que es igual a ellos, no leerían el libro que hubiera sido escrito como ellos lo exigen, que la poesía auténtica les es ajena y que incluso una buena obra de arte sólo gracias al prejuicio podría obtener su aprobación. Pero no hace falta continuar; no es el momento ni de censurar ni de quejarse».

Dirigió mi atención a los diversos cuadros que estaban colgados en la pared; mis ojos se detuvieron en aquellos cuyo aspecto era atractivo o cuyo objeto era significativo. Dejó pasar un rato y dijo entonces: «Conceda también alguna atención al genio que ha producido estas obras. Los individuos de buen corazón gustan ver el dedo de Dios en la naturaleza. ¿Por qué no conceder también alguna atención a la mano de sus imitadores?». Me hizo reparar entonces en algunos cuadros poco vistosos e intentó hacerme comprender que sólo la historia del arte puede ofrecernos el concepto del valor y la dignidad de una obra de arte, que hay que conocer primero los fatigosos niveles del mecanismo y del oficio, en los que los individuos hábiles trabajaron a lo largo de siglos, para comprender cómo es posible que el genio se mueva libre y alegre en esa cumbre cuya mera visión nos produce vértigo.

Desde este punto de vista había reunido una bella colección y mientras me la enseñaba no pude evitar ver aquí, ante mis ojos, una representación alegórica de la educación moral. Cuando le expresé mis pensamientos, me replicó: «Tiene usted toda la razón, y ello nos permite ver que no está bien entregarse a la educación moral en soledad,

encerrado en uno mismo; encontraremos, más bien, que aquel cuyo espíritu se esfuerza por conseguir una cultura moral tiene todos los motivos para educar al mismo tiempo su más refinada sensibilidad, para no caer en el peligro de resbalar desde su altura moral, en tanto que se entrega a la relajación de una fantasía sin reglas y cae en el caso de rebajar la dignidad de su más noble naturaleza mediante el disfrute de fruslerías sin gusto, si no en algo peor».

No sospeché que se estuviera refiriendo a mí, pero me sentí aludida cuando recordé que entre los salmos que me habían edificado podría haber habido mucha banalidad y que, ciertamente, los cuadritos asociados a mis ideas espirituales difícilmente habrían encontrado indulgencia ante los ojos de mi tío.

Entretanto, Philo se demoraba con frecuencia en la biblioteca y a la misma me condujo muchas veces. Me maravillaba la selección y, dentro de ella, la cantidad de libros que había. Estaban reunidos según el criterio que mi tío había manifestado en sus conversaciones conmigo, pues casi todos los libros que cabía encontrar en ella eran de aquellos que nos conducen a un conocimiento claro y preciso o nos indican un orden recto y justo; de aquellos, en fin, que o bien nos proporcionan rectos materiales o bien nos convencen de la unidad de nuestro espíritu.

A lo largo de mi vida yo había leído lo indecible, y en ciertas materias casi ningún libro me era desconocido; así pues, aquí me era tanto más agradable hablar del panorama total y apercibirme de lagunas, allí donde antes sólo había visto un caos localizado o una extensión infinita.

Al mismo tiempo, conocimos a un hombre taciturno *y muy* interesante. Era médico *y* naturalista *y* más parecía formar parte de los penates de la casa que de sus habitantes. Nos enseñó el gabinete de historia natural, que, al igual que la biblioteca, en armarios de cristal cerrados adornaba las paredes de la habitación y, al mismo tiempo, ennoblecía el espacio sin estrecharlo. Me acordé con alegría de mi juventud y mostré a mi padre varios objetos que él, antaño, había llevado al lecho enfermo de su hija, que por aquel entonces apenas si había visto el mundo. En esta ocasión, el médico disimuló tan poco como en ulteriores conversaciones que estaba muy próximo a mí en lo que hace a sentimientos religiosos, y alabó extraordinariamente a mi tío por su tolerancia y por su valoración de aquello que mostraba *y* fomentaba el valor *y* la unidad de la naturaleza humana; ciertamente, él reclamaba lo mismo de todas las demás personas, y nada acostumbraba a condenar o rehuir tanto como la oscuridad individual y la estulticia exclusivista.

Desde la boda de mi hermana mi tío desbordaba alegría, y en distintas ocasiones habló conmigo sobre aquello que pensaba hacer por ella y por sus hijos. Poseía muchas propiedades, que él mismo administraba, y que esperaba traspasar a sus sobrinos en el mejor estado. A propósito de la pequeña propiedad en la que nos encontrábamos parecía abrigar ideas peculiares: «Sólo se la cederé», decía, «a una persona que sepa conocer, valorar y disfrutar lo que contiene, *y* que comprenda los muchos motivos, particularmente en Alemania, que un hombre rico y distinguido tiene para erigir algo modélico».

La mayor parte de los invitados ya se había ido marchando poco a poco; nos disponíamos nosotros a despedirnos y creíamos haber vivido la última escena de las festividades cuando nos sorprendió de nuevo con la deferencia de proporcionarnos un digno esparcimiento. No habíamos podido ocultarle la fascinación que sentimos cuando en la ceremonia nupcial de mi hermana escuchamos un coro de voces humanas sin ningún tipo de acompañamiento instrumental. Le sugerimos con bastante claridad que

Librodot

nos volviera a proporcionar tal placer, pero él pareció no darse cuenta de ello. Qué sorprendidos quedamos entonces cuando una tarde nos dijo: «Los jóvenes y fugaces amigos nos han abandonado; la misma pareja nupcial tiene un aspecto más serio que hace unos días y separarnos en un momento tal, puesto que quizá nunca volveremos a vernos o, al menos, nos veremos de otra forma, nos hace sentir un estado de ánimo solemne que no puedo alimentar de forma más noble que con una música cuya repetición ustedes parecían desear».

Hizo entonces que el coro, que entretanto se había reforzado y había ensayado en secreto, cantara para nosotros a cuatro y ocho voces, lo cual, debo decirlo, nos hizo paladear anticipadamente el sabor de la beatitud. Hasta ese momento sólo conocía esos cánticos piadosos con los que las buenas almas, a menudo con roncas gargantas, como los pajarillos del bosque, creen alabar a Dios, porque se producen a sí mismas una agradable sensación; conocía también la insubstancial música de los conciertos, en la que en todo caso nos maravilla el talento de la ejecución, pero que raras veces nos proporciona un placer aunque sea pasajero. Pero ahora percibía una música surgida a partir del más profundo sentimiento de las más excelentes naturalezas humanas, que mediante determinados y entrenados órganos volvía a hablar, en armónica unidad, al más profundo y mejor sentimiento de los seres humanos y que realmente hacía sentir con toda viveza, en ese instante, su semejanza con Dios. Todos eran cánticos latinos espirituales, que refulgían como joyas en el anillo de oro de una sociedad mundana *y* civilizada, *y* que a mí, sin las exigencias de la así llamada edificación, me elevaban de la forma más espiritual y me hacían feliz.

A nuestra partida todos fuimos obsequiados de la forma más noble. A mí me entrego la cruz de la Orden de mi canonjía, mucho más bellamente trabajada y esmaltada de lo que se acostumbra a ver. Colgaba de un gran brillante, con el que al mismo tiempo se sujetaba a la cinta, y que mi tío consideraba la piedra más noble de una colección de historia natural.

Mi hermana se retiró junto con su marido a sus posesiones; todos los demás regresamos a nuestros hogares y parecía, en lo que se refiere a nuestras circunstancias exteriores, que habíamos regresado a una vida totalmente vulgar. Habíamos sido arrojados a la lisa y llana tierra desde un castillo de hadas *y* de nuevo teníamos que conducirnos y arreglárnoslas a nuestra manera.

Las extraordinarias experiencias que había realizado en aquel nuevo círculo me habían dejado una bella impresión; sin embargo, no quedó largo tiempo en toda su vivacidad, a pesar de que mi tío buscaba mantenerla y renovarla enviándome de tiempo en tiempo sus mejores y más elegantes obras de arte, que yo, cuando las había disfrutado suficiente tiempo, volvía a cambiarlas por otras.

Estaba demasiado acostumbrada a ocuparme conmigo misma, a poner en orden los asuntos de mi corazón *y* de mi ánimo *y* a conversar de ello con personas de inclinaciones parecidas, como para poder considerar con atención una obra de arte sin regresar pronto a mí misma. Estaba acostumbrada a contemplar un cuadro o un grabado como si fueran las letras de un libro; ciertamente, una bella impresión tipográfica agrada, ¿pero quién tomará un libro en sus manos por la tipografía? De este modo, una representación plástica también tenía que decirme algo, enseñarme, conmoverme, mejorarme. Y dijera lo que dijera mi tío en las cartas en las que explicaba sus obras de arte, en mí todo quedaba como antaño.

Pero más aun que mi propia naturaleza, fueron circunstancias externas, transformaciones en mi familia, las que me alejaron de estas consideraciones y durante un tiempo incluso de mí misma; tuve que sufrir y actuar más de lo que mis débiles fuerzas parecían soportar.

Mi hermana soltera había sido hasta ese momento mi brazo derecho; sana, fuerte e indescriptiblemente bondadosa, había echado sobre sus hombros todo el peso de la casa, mientras que yo me ocupaba del cuidado personal de nuestro anciano padre. Cayó enferma de un catarro, que acabó convirtiéndose en una pulmonía y a las tres semanas yacía en el ataúd; su muerte me produjo heridas cuyas cicatrices ni tan siquiera ahora me resulta agradable contemplar.

Caí enferma en cama antes de que la hubieran enterrado; los antiguos males de mi pecho parecían volver a despertarse, tosía violentamente y estaba tan afónica que no podía hablar en voz alta.

El espanto y la congoja hicieron que mi hermana casada abortara. Mi anciano padre temía perder a la vez a sus hijas y sus esperanzas de descendencia. Sus justas lágrimas aumentaban mi desolación. Supliqué a Dios que me diera una salud pasable y le pedí que me prorrogara la vida tan sólo hasta la muerte de mi padre. Me restablecí y quedé bien a mi manera y pude cumplir de nuevo con mis deberes, si bien sólo de una manera escasa.

Mi hermana volvió a quedar en estado de buena esperanza. Me hizo participe de ciertas preocupaciones que en tales casos les son confiadas a las madres; no era totalmente feliz con su marido, lo cual debía quedar oculto a mi padre. Tuve que actuar como árbitro y pude hacerlo tanto más cuanto que mi cuñado tenía confianza en mí y ambos eran realmente buenas personas, sólo que, en lugar de disculparse el uno al otro, discutían mutuamente y, por la misma avidez de vivir en completa armonía, nunca se ponían de acuerdo. Aprendí, pues, a acometer con celo los asuntos del mundo y a poner en práctica aquello que hasta el momento sólo había cantado.

Mi hermana dio a luz un hijo. Las indisposiciones de mi padre no le impidieron viajar para conocerlo. Al ver al niño se puso increíblemente contento *y* feliz, *y* en el bautizo me pareció, contra su forma de ser, como extasiado, casi me atrevería a decir: como un genio con dos caras. Con una de ellas miraba contento hacia delante, hacia aquellas regiones a las que esperaba arribar pronto; y con la otra hacia la nueva vida terrenal, llena de esperanzas, que había surgido en el niño que provenía de él. En el camino de regreso no se cansaba de hablarme del niño, de su figura, su salud y su deseo de que pudieran cultivarse felizmente las disposiciones de este nuevo ciudadano del mundo. Sus reflexiones a este respecto continuaron cuando llegamos a casa, y sólo después de algunos días se le declaró una especie de fiebre, que se manifestaba después de comer, sin escalofríos, mediante un calor algo fatigante. Sin embargo, no se acostó, salió en coche a la mañana siguiente y cumplió fielmente sus deberes oficiales, hasta que finalmente unos síntomas persistentes y graves se lo impidieron.

Nunca olvidaré la tranquilidad de ánimo, la claridad y la precisión con las que con el mayor orden se ocupó de los asuntos de su casa y de las disposiciones de su sepelio, como si se tratara de cuestiones que incumbieran a otro.

Con una alegría que nunca le había sido propia y que crecía hasta llegar a ser una viva jovialidad me dijo: «¿Dónde ha ido a parar ese temor a la muerte que otras veces he sentido con tanta fuerza? ¿Debo tener miedo a morir? Tengo un Dios misericordioso, la tumba no despierta en mí ningún horror, tengo una vida eterna».

Librodot

Evocar las circunstancias de su muerte, que tuvo lugar poco después, es en mi soledad uno de mis entretenimientos más agradables y nadie me hará renegar de afirmar que aquí se manifestaban los efectos visibles de una fuerza más elevada.

La muerte de mi querido padre transformó la forma de vida que había llevado hasta entonces. De la más estricta obediencia, de las más severas limitaciones, pasé a la mayor libertad, y la disfrutaba como si se tratara de un manjar del que se ha estado privado largo tiempo. Antes, raras veces estaba fuera de casa dos horas; ahora, apenas si pasaba un día en mi cuarto. Mis amigos, a los que antes sólo podía visitar intermitentemente, deseaban disfrutar de mi trato constante, así como yo del suyo. A menudo era invitada a comer; vinieron también paseos en coche *y* pequeños viajes de placer, *y yo* nunca me quedaba a la zaga. Pero cuando recorrí todo el círculo, me di cuenta de que la inestimable dicha de la libertad no consiste en hacer todo lo que se puede y a lo que las circunstancias nos invitan, sino en hacer sin obstáculos ni impedimentos y por el recto camino aquello que se considera justo y pertinente; y yo era suficientemente mayor para, en este caso, llegar a esta bella convicción sin pagar precio alguno por el aprendizaje.

A lo que no pude negarme, tan pronto como me fue posible, fue a reanudar y a anudar más firmemente el trato con los miembros de la Comunidad de hermanos moravos; me apresuré a visitar una de sus organizaciones más próximas: pero tampoco aquí encontré lo que me había imaginado. Era suficientemente sincera para expresar mi opinión, e intentaron inculcarme de nuevo que esta organización no era nada en comparación con una comunidad regularmente establecida. Lo acepté como bueno, pero de acuerdo con mi convicción el espíritu verdadero puede entreverse tan bien en una entidad pequeña como en una grande.

Uno de sus obispos, que estaba presente y era discípulo directo del conde, se ocupó mucho de mí; hablaba inglés perfectamente y como yo también lo entendía un poco, él pensó que se trataba de una señal de hermandad. Pero yo no lo pensaba en absoluto; su trato no me gustaba ni lo más mínimo. Era un cuchillero, nativo de Moravia, y su manera de pensar no podía ocultar su origen artesanal. Me entendía mejor con el señor de L*, que había sido comandante al servicio de Francia; pero nunca me sentí capaz de aquella subordinación que él mostraba frente a sus superiores. Más aun, cuando veía a la mujer del comandante y a otras señoras más o menos distinguidas besar la mano del obispo, era como si me dieran una bofetada. Entretanto, se convino hacer un viaje a Holanda, que, para mi suerte, nunca se llevó a cabo.

Mi hermana dio a luz una hija y ahora era nuestro turno, de las mujeres, de estar satisfechas y pensar cómo educarla para que algún día llegara a ser como nosotras. Mi cuñado, sin embargo, quedó muy disgustado cuando al año siguiente volvió a nacer una niña; él, dadas sus grandes propiedades, deseaba verse rodeado de muchachos que algún día pudieran ayudarle en su administración.

Dada mi débil salud me mantenía tranquila y mantenía un cierto equilibrio gracias a un régimen de vida sosegado; no temía a la muerte, incluso, deseaba morir, pero sentía calladamente que Dios me daba tiempo para investigar mi alma y llevarla cada vez más cerca de Él. En las muchas noches insomnes sentí algo que no soy capaz de describir con claridad.

Era como cuando mi alma pensaba sin la compañía del cuerpo; mi alma veía al mismo cuerpo como si se tratara de un ser ajeno a ella, como se contempla, por ejemplo, un vestido. Me presentaba con extraordinaria vivacidad tiempos y sucesos pasados y a

partir de ellos sentía lo que en el futuro iba a suceder. Todos estos tiempos han quedado atrás; lo que siga también pasará: el cuerpo se desgarrará como un vestido, pero Yo, el bien conocido Yo, Yo soy.

A dejarme llevar lo menos posible por estos sentimientos grandes, sublimes y consoladores, me enseñó un noble amigo, cada vez más estrechamente unido conmigo. Se trataba del médico que había conocido en casa de mi tío y que se había informado muy bien acerca de la constitución de mi cuerpo y de mi espíritu. Me mostró lo mucho que esas sensaciones, cuando las alimentamos en nosotros independientemente de objetos externos, nos ahuecan en cierta medida y socavan el fundamento de nuestra existencia. «Mantenerse activo», decía, «es la primera determinación del ser humano, y todos aquellos tiempos intermedios en los que se ve obligado a descansar debe emplearlos en adquirir un conocimiento claro de las cosas exteriores, que luego facilitará todavía más su actividad».

Como mi amigo conocía mi costumbre de contemplar mi propio cuerpo como un objeto externo, y como sabía que yo conocía bastante bien mi constitución, mis males y los remedios médicos, y que realmente, debido a los incesantes padecimientos propios y ajenos, me había convertido en medio médica, condujo mi atención desde el conocimiento del cuerpo humano y de las plantas medicinales a los restantes objetos vecinos de la creación *y* me llevó como en rededor del paraíso *y* sólo finalmente, si se me permite seguir con mi metáfora, me dejó vislumbrar, desde la lejanía, al creador paseando por el jardín al fresco de la noche.

¡Con qué placer veía entonces a Dios en la naturaleza, pues ya lo portaba con una certeza semejante en el corazón! ¡Qué interesante me resultaba la obra de sus manos y qué agradecida le estaba por haberme querido dar vida con el soplo de su boca!

Mi hermana estaba de nuevo embarazada y esperábamos que diera a luz ese muchacho que mi cuñado deseaba tan ardientemente y cuyo nacimiento, desgraciadamente, no pudo presenciar. El buen hombre murió de las consecuencias de una desgraciada caída del caballo y mi hermana lo siguió después de haber dado al mundo un bello muchacho. Sólo con tristeza podía mirar a los cuatro niños que había dejado. Y si tantas personas sanas habían fallecido antes que yo, la enferma, ¿no habría de ver caer, quizá, algunas de estas flores llenas de esperanzas? Conocía suficientemente al mundo para saber rodeado de cuántos peligros crece un niño, particularmente en las clases altas, y me parecía que desde los tiempos de mi juventud éstos no habían hecho sino aumentar. Sentía que yo, debido a mi debilidad, poco o nada podía hacer por los niños; y, así, tanto más oportuna me pareció la decisión de mi tío, que, naturalmente, surgía de su forma de pensar, de emplear toda su atención en la educación de estas gentiles criaturas. Y ciertamente se lo merecían desde todos los puntos de vista: estaban bien formados y, a pesar de las grandes diferencias que había entre ellos, todos prometían llegar a ser personas buenas y juiciosas.

Desde que mi buen médico me había hecho reparar en ello me gustaba fijarme en los parecidos de familia entre los niños y sus parientes. Mi padre había conservado cuidadosamente los retratos de sus antepasados, había hecho que maestros pasables lo retrataran a él y a sus hijos, y tampoco mi madre y sus parientes habían sido olvidados. Conocíamos con exactitud los caracteres de toda la familia, y como los habíamos comparado a menudo, volvíamos ahora a buscar en los niños las similitudes internas y externas. El hijo mayor de mi hermana parecía asemejarse a su abuelo por parte paterna,

Librodot

del que había expuesto un retrato juvenil, muy bien pintado, en la colección de nuestro tío. El niño, al igual que su abuelo, que siempre se había distinguido por ser un bravo oficial, de nada gustaba tanto como de las armas, de las que siempre se ocupaba tan pronto como me visitaba. Pues mi padre tenía una armería muy bella y el pequeño no descansó hasta que le regalé un par de pistolas y un fusil de caza y logró aprender cómo montar un gatillo alemán. Por lo demás, ni en sus acciones ni en su modo ser era rudo, sino más bien dulce y juicioso.

La hija mayor se había ganado todo mi afecto, y bien pudiera ser porque se me parecía y porque era la que más me trataba de entre los cuatro. Pero puedo decir que cuanto más la observaba, mientras crecía, tanto más me avergonzaba, y no podía contemplar a la niña sin admiración, casi me atrevería a decir: sin veneración. No era fácil ver una figura más noble, un ánimo más sereno y una actividad más constante, que no se limitaba a ningún objeto concreto. En ningún momento de su vida estaba desocupada y en sus manos cualquier asunto se convertía en una actividad digna. Todo parecía darle igual con tal de poder hacer lo que había que hacer y en el momento en el que había que hacerlo, e igualmente podía estarse tranquila, sin impaciencia, cuando no encontraba nada que hacer. Esta actividad sin necesidad de una ocupación no he vuelto a verla en la vida. Inimitable fue desde su juventud su entrega a los necesitados y a los indigentes. Concedo gustosa que nunca tuve el talento de convertir la caridad en una ocupación. No era mezquina con los pobres, y, ciertamente, teniendo en cuenta mis posibilidades, a menudo les daba demasiado, pero en cierto modo sólo lo hacía por redimirme, y para que alguien se ganara mi atención tenía que serme muy próximo. Exactamente lo contrario alabo en mi sobrina. Nunca le vi dar dinero a un pobre, y lo que obtenía de mí para este fin siempre lo transformaba en medio para satisfacer la siguiente necesidad. Nunca me parecía tan gentil como cuando me desvalijaba mis armarios de vestidos y de ropa blanca; siempre encontraba algo que no me ponía o no necesitaba, y su mayor felicidad consistía en recoser estas cosas viejas y acomodárselas a algún niño andrajoso.

El carácter de su hermana era muy diferente; tenía mucho de su madre, desde muy pronto prometía ser muy grácil *y* bella, *y* parecía querer cumplir su promesa. Se ocupaba mucho de su aspecto externo y desde tiempos muy tempranos sabía arreglarse y vestirse de un modo que entraba por los ojos. Aun recuerdo con qué embeleso, siendo todavía una niña pequeña, se miró en el espejo cuando le puse alrededor del cuello las bellas perlas que mi madre me había dejado y que ella había encontrado por casualidad.

Cuando reflexionaba sobre estas diversas inclinaciones, me resultaba agradable pensar cómo, después de mi muerte, se repartirían entre ellos mis pertenencias, que así volverían a la vida. Volvía a ver las escopetas de caza de mi padre recorrer los campos a hombros de mi sobrino y haciendo caer de nuevo perdices en su morral de caza; veía todo mi guardarropa salir de la iglesia en el día de su Confirmación Pascual, límpidamente acomodado a una pequeña muchacha y a una virtuosa muchacha burguesa adornada con mis mejores telas en el día de su boda, pues Natalia sentía una peculiar inclinación a pertrechar a tales niños y a muchachas pobres y honradas, a pesar de que ella, debo decirlo aquí, en modo alguno dejaba entrever ningún tipo de amor ni, si puedo decirlo así, necesidad alguna de apego a un ser visible o invisible, tal y como se había mostrado tan vivamente en mi juventud.

Así pues, cuando pensaba que la más joven, exactamente el mismo día, luciría mis

Librodot

perlas y joyas en la Corte, veía con tranquilidad mis posesiones, al igual que mi cuerpo, reintegradas a los elementos.

Los niños han crecido y para mi alegría son criaturas sanas, bellas y honradas. Soporto con paciencia que mi tío los mantenga alejados de mí y los veo raras veces, incluso cuando se encuentran en las proximidades o incluso en la misma ciudad.

Un varón admirable, al que se tiene por sacerdote francés, sin que se sepa con seguridad cuál es su origen, se encarga de vigilar a los niños, que se educan en distintos lugares y están de pupilos tan pronto aquí como allá.

Al principio no podía ver ningún plan en esta educación, hasta que finalmente mi médico me lo descubrió: mi tío se había dejado convencer por el abate de que si se desea hacer algo por la educación de los seres humanos, hay que ver a dónde apuntan sus inclinaciones y deseos; a continuación, hay que ponerlos en la situación de satisfacer tan pronto como sea posible aquéllas y de alcanzar éstos tan pronto como sea posible, para que el ser humano, si se ha equivocado, sea consciente lo antes posible de su error, y si ha encontrado lo que le conviene, tanto más diligentemente se atenga a ello y tanto más aplicadamente continúe formándose. Deseo que este peculiar intento se vea coronado por el éxito; quizá sea posible con naturalezas tan buenas.

Pero lo que no puedo aprobar en estos educadores es que intenten alejar de los niños aquello que pudiera conducirles al trato con ellos mismos y con el amigo invisible, el único fiel. Sí, a menudo me enoja con mi tío el hecho de que justamente por ello me considere peligrosa para los niños. ¡En la práctica nadie es tolerante! Pues aunque asegure que dejará de buen grado seguir a cada cual según manera y forma de ser, busca sin embargo excluir de la tarea a aquellos que no piensan como él.

Esta forma de alejar a los niños de mí me entristece tanto más cuanto más estoy convencida de la realidad de mi fe. Y si en la práctica se muestra tan eficaz, ¿por qué no ha de tener un origen divino, un objeto real? Si, en efecto, alcanzamos certeza de nuestra propia existencia por medio de la práctica, ¿por qué no hemos de convencernos por el mismo camino de la existencia de aquel ser que nos tiende la mano para todo lo bueno?

Que siempre vaya hacia delante, nunca hacia atrás, que mis acciones se asemejen cada vez más a la idea que me he hecho de la perfección, que diariamente sienta una mayor facilidad para hacer lo que considero justo, incluso dada la debilidad de mi cuerpo, que tantas cosas me prohibe, ¿cabe explicarse todas estas cosas a partir de la naturaleza humana, de cuya perversión he podido percatarme tan profundamente? Para mí, definitivamente no. Apenas si me acuerdo de un mandamiento, nada se me aparece bajo la forma de una ley; me guía un impulso y siempre me conduce rectamente. Sigo con libertad mis sentimientos y desconozco tanto las restricciones como el arrepentimiento. Gracias a Dios reconozco a quién adeudo esta felicidad y sé que sólo debo pensar en estos privilegios con humildad. Pues nunca correré el peligro de estar orgullosa ni de mi poder ni de mis capacidades, puesto que tan claramente he llegado a saber qué atrocidades pueden producirse y alimentarse en cualquier pecho humano, si una fuerza más elevada no nos protege.

Librodot